

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 207.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en París

SUMARIO.

Capilla gótica del palacio de M. de Pastoret; grabado. — El canto de los Helenos. — Revista de París. — Las ruinas de Murgab; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Las fiestas de Navidad en Inglaterra; grabados. — Gerifalte. — La inocencia. — Las azucenas. — Historia del amor. — Vidriera del palacio llamado la Viña-Real; grabado. — Revista de la industria; grabados. — Revista de la moda. — Una escena del Diluvio. — Apuntes sobre la música entre los griegos. — La primera cita de amor. — Ascension al Peter-Butte; grabado.

mos como prueba, el oratorio ó mejor dicho la capilla que ha mandado construir en el palacio que su familia ocupa, situado en la plaza de la Concordia.

El arquitecto que ha dirigido esta obra es M. Breton, á quien debe París la iglesia de Nuestra Señora de los Campos : M. Breton ha adoptado el estilo gótico del siglo XIV para la construcción de este santuario cuyas proporciones se hallan tan perfectamente combinadas que su dimension verdadera parece doble; revestida de una pintura poli-croma, realizada de oro como en las antiguas basílicas, esta capilla ha sido adornada tambien con guirnaldas de flores de lis, malva y pimpollos de viña que serpentean en torno de las columnillas, dibujan en las paredes preciosos arabescos y corren por las molduras de la bóveda. M. Gustavo Damis, pintor y escultor de mucho mérito, ha comprendido ese ornato con finura y con inteligencia, y le ha ejecutado con buen éxito; el carácter místico de esas pinturas murales revela un estudio detenido de los monumentos y de los manuscritos antiguos, y manifiesta tambien que la obra es digna de la mano experimentada que ejecutó la decoración de las capillas de Nuestra Señora de los Campos y de los Jóvenes Ciegos. Dos vidrieras de colores ejecutadas en vista de los cartones de M. Galimard, y que representan los santos patronímicos bajo cuya invocación ha sido puesta la capilla, proyectan sus reflejos tornasolados sobre todo el conjunto de los adornos.

Capilla gótica

DEL PALACIO

DE M. DE PASTORET.

Existen todavía y es de esperar que en beneficio de las artes y de los artistas, existan siempre algunas de esas grandes familias, en las cuales el gusto por las bellas artes se va perpetuando de generación en generación y que gustan descansar en ese culto de las agitaciones de la vida. En el seno de estas familias se forman, se conservan y se continúan esas ricas colecciones que por desgracia suelen reservarse para las visitas de algunos aficionados distinguidos; sin embargo, nosotros hemos podido ya penetrar en varias de ellas y nos prometemos admirar otras muchas.

La galería de cua-



ED. RENARD

Capilla gótica del palacio del marqués de Pastoret en París.

G. F.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(SEGUNDO PREMIO.)

(Continuacion.)

Para mejor respirar el aire de la primavera los médicos me enviaron á Braizieux, prescripccion que entonces acepté con mucho gusto, pero exigiendo que nos acompañase el príncipe, pues no podía resolverme á una nueva separacion. En vano me hicieron mil objeciones: inflexible en mi propósito, experimentaba el miedo del avaro que no quiere perder de vista su tesoro ni un momento, visto lo cual, mi abuela misma aceleró los preparativos de la boda, que debía celebrarse sin pompa en la iglesia del lugar, conforme á mis deseos.

Mientras duró mi enfermedad, mi tia habia venido diariamente á ofrecer su asistencia á mi abuela, pero los finos y puntuales cuidados de Mme. de Braizieux, su aspecto sereno y digno me irritaban; con mucho preferia á Mme. Laurent, contra la cual á lo ménos tenia derecho á impacientarme.

A medida que fué adelantando mi convalescencia, fueron escaseando mas las visitas de mi tia: esta venia siempre acompañada de su hijo que, frio y distraido, parecia siempre con prisa para dejarnos.

Convínose en que haríamos el viaje á jornadas cortas mi abuela, Alfeo y yo, y en que mi prima, confiada á Mme. de Braizieux iria con ella y Jorge á reunirse con nosotros la semana siguiente. Noemi quedó contentísima de este arreglo y yo por mi parte hice un viaje delicioso. Todo me parecia nuevo; todo tenia para mí un aspecto encantador.

Una semana inmejorable pasamos en Braizieux, donde me parecia que todo hasta los árboles y las flores, tomaban parte en mi felicidad. Como estaba yo todavía débil hasta el punto de que mis queridos compañeros de soledad me impusiesen un reposo absoluto, Alfeo pasaba los dias á mi lado leyéndome los poemas de lord Byron, las *Meditaciones* de Lamartine y sobre todo las *Mesemianas* de Casimiro Delavigne, que declamaba divinamente con una voz musical y muy sonora.... además ¿quién no ha conocido el encanto irresistible de una voz amada? Otras veces, con el mapa delante de los ojos, hacíamos deliciosas excursiones imaginarias por las ciudades de Grecia, tan llenas de recuerdos y de poesia...

Pero ¡ah! este dulce episodio duró muy poco. Mi tia y sus compañeros llegaron á la quinta, y desde entonces nuestra felicidad se trocó en una penosa sujecion.

Pronto eché de ver que el príncipe no gustaba á ninguno de los recién llegados; cada cual se lo demostraba segun su genio y su posicion, pero en los ojos de todos sin excepcion leia yo una evidente malevolencia. Al principio hice lo posible por animar nuestra pequeña colonia tan mustia y fastidiosa desde la llegada de mi tia, pero pronto reconocí la inutilidad de mis esfuerzos, y esto me inspiró, lo confieso, un secreto y vivo resentimiento.

En el campo, donde faltan, para amenizar la vida, las mil frívolas distracciones de París, se necesita que haya muchas atenciones recíprocas, mucha union y mucha alegría para disipar el fastidio. Mi tia, engolfada en bordar un tapiz, apenas desplegaba sus labios; Jorge, pensando en su mar y en sus marineros, apenas parecia acordarse de nosotros.

Mi espíritu desasosegado, mis nervios todavía muy delicados, me ocasionaron verdaderos padecimientos. No conozco tarea mas ingrata que la de querer forzar á otro á brillar á pesar suyo. Mi deseo hubiera sido ver á Alfeo vencer, á fuerza de superioridad incontestable, á aquella familia hostil, pero él tambien permanecia silencioso, reservado, pronto á abandonar la discusion apenas empezaba á animarse un poco, sin conocer ó desdénando esos imprevistos y frívolos rasgos de ingenio que desarman de pronto á un adversario. «Esas miserables dotes de sociedad no son su fuerte, me decía yo á mí misma, y eso le realza á mis ojos; mejor comprende el genio de las artes y la poesia del amor que las fruslerías de los salones.» — Y sin embargo no podia eximirme de abrigar un secreto despecho; las mujeres quieren que todos admiren al que ellas prefieren.

Una noche mi abuela, deseando sin duda romper la monotonia de nuestras reuniones, pidió al príncipe su canto griego... ¡Cosa singular! aquella proposicion me causó un vivo disgusto. El piano viejísimo de Braizieux estaba destemplado y tenia pésimas voces; las manos me temblaban al tocar el acompañamiento en aquel cascado, porque un verdadero público es ménos de temer que un pequeño corro malévolo. El canto en efecto hizo un completo *fiasco*: mi abuela, sin haber escuchado, hizo al príncipe un cumplimiento muy frío: Jorge estaba hojeando con Noemi un álbum de estampas, y se me figuró verlos cambiar una mirada burlesca. Indignada, me acerqué á Alfeo y toda la noche estuvimos hablando de música. Ah! cuánto deseé entonces verme pronto libre de aquella penosa sujecion é ir á buscar la libertad bajo otros cielos!

El correo llega comunmente al campo hácia la hora del almuerzo; entonces, con una curiosidad algo pueril, se leen, se comentan las cartas y los periódicos. Aquella era de seguro la hora mas agradable del dia en Braizieux: el interés comun nos ponía á todos de acuerdo por algunos momentos.

Una mañana, mi abuela que tenia en la mano el paquete que acababa de traer el cartero, alargó á Alfeo

una carta cuyo solo aspecto le turbó visiblemente y que se guardó á toda prisa sin abrirla.

— Léala Vd. sin cumplido, le dijo, léala Vd. y así podrá darnos noticias de París ó de Atenas.

El príncipe se excusó diciendo que la carta solo traia unos cuentos insignificantes; observé tambien que no volvió á atravesar bocado, que se retiró en cuanto concluyó el almuerzo y que luego volvió al salon, cargada la frente de nubes que difícilmente logré disipar.

A pesar mio aquella carta me daba en qué pensar. Dos dias despues recibí otra: aquella vez, presa de una vaga y dolorosa sospecha, la eché una furtiva mirada y observé no sin celosa angustia que por todas las señas era de letra de mujer y muy elegante. Tambien entonces tomó la carta sin hablar palabra, pero mostrando mas enojo que sorpresa, siguió almorzando y en vez de desaparecer despues de tomar el té, empezó á hablar con mas desparpajo que de costumbre.

Incapaz de dominar mi agitacion, pasé el dia en una penosa lucha entre mis celos y mi orgullo. Unas veces me sentia á punto de pedir perdon de mis sospechas y de suplicar á Alfeo que me explicase aquel misterioso incidente; otras no queria forzar su confianza sin hacerle testigo de mi flaqueza.

Por la noche, mientras la familia estaba reunida en el terrado respirando el fresco, Alfeo aprovechó un momento para entregarme con disimulo una carta, acompañada de algunas tiernas palabras de reconvenccion, que leí precipitadamente sin ser vista: era de un procurador muy conocido, y en ella le llamaba á París con urgencia para arreglar no sé qué asunto importante. Entonces, semejante á los cobardes que, pasado el peligro, se sienten llenos de valor, me indigné contra mi desconfianza y fui á reunirme con los demás: Alfeo estuvo hablando muy naturalmente de su partida y explicando los motivos que le obligaban á ella. Mi abuela la llevaba muy á mal.

— En mi tiempo, decía, se estaba uno quieto en tales casos y enviaba á paseo á los procuradores.

— ¿Quiere Vd. que así lo haga? me dijo el príncipe al oido.

— No, le respondí; eso seria volver á dudar de Vd.

Pasamos una noche deliciosa: en el terrado nos sirvieron el té y la conversacion estuvo mas animada que de costumbre; solo mi primo Jorge permaneció pensativo y silencioso.

— Apuesto, le dijo mi abuela, á que estás pensando en las hermosas noches estrelladas que has pasado á bordo de tu buque.

— En efecto, repuso mi primo sonriéndose con cierta tristeza, estaba pensando en que pronto dejaré todos estos perfumes de rosas para ir á respirar el olor de la brea.

Esta frase me llamó la atencion recordándome la tontería que le dije un dia cuando ambos éramos niños.

— ¿Es posible, me dije, que tan de atrás me guarde rencor?

Quise manifestarle cuánto sentia aquella próxima partida, pero me contestó con tanta frialdad que á las primeras palabras me quedé cortada.

¡Qué noche aquella, oh Blanca! Tal es la magia de los recuerdos juveniles, que mis pensamientos me trasladan todavía algunas veces á aquel terrado cubierto de flores donde oí á una voz querida hablarme al oido de un amor eterno bajo un cielo purísimo...

Al dia siguiente partió Alfeo y recuerdo que no experimenté mucha pena en el momento de decirle adios: aquella separacion no debia durar mas que una semana y hay tambien algun encanto en *esperar*: además, nuestro pobre corazon está tan distante de haber sido formado para una felicidad completa, que experimenta en ella una especie de fatiga. Pareciami dulce recogerme dentro de mí misma y descansar, en cierta manera, ántes de proseguir aquel camino en el que aun no veia mas que flores, y en el que muy pronto no debia encontrar mas que abrojos.

Pasé pues el dia muy tranquila; por la noche, al ir á acostarme, ví con sorpresa, sobre mi tocador, en una copa de mármol en que solia dejar mis sortijas y mis pendientes, una carta sellada con lacre negro. Abríla precipitadamente y leí lo que sigue:

«Una persona que tiene mil motivos para aborrecerla á Vd. y que sin embargo compadece su juventud y su inexperiencia, la dirige un consejo saludable. Renuncie Vd. para siempre al príncipe Alfeo Micaelis. Si desprecia Vd. este aviso correrá voluntariamente á su perdicion. El arrepentimiento llegará tarde.»

Estupefacta, toda trémula, tiré precipitadamente del cordon de la campanilla para llamar á mi doncella y obtener la explicacion de aquel enigma, pero una súbita reflexion me inspiró bastante prudencia para contener mi emocion al preguntarle qué significaba aquello. Mi doncella, que era una muchacha muy honrada de nuestro pueblo y en quien yo tenia entera confianza, me aseguró que no habia puesto papel ninguno en mi sortijero. Cien veces leí y releí el terrible billete sin saber qué pensar y formando las conjeturas mas inverosímiles: ya acusaba á Jorge, ya á Noemi. A la mañana siguiente les observé con suma atencion buscando en sus rostros alguna señal de malicia ó de complicidad, pero nada logré sorprender: además una voz interior me decía que ambos eran incapaces de una broma tan cruel.

Por la noche me retiré á mi cuarto en una inquietud que me era imposible dominar. El sortijero contenia una segunda carta con sello de luto, como la primera, y cuyo contenido era el siguiente:

«Mire Vd. lo que se hace! Está Vd. en la orilla de un

precipicio. Arranque Vd. resueltamente las flores ponzoñosas que le cubren y le aparecerá en todo su horror. En nombre de su felicidad, en nombre de su vida renuncie Vd. para siempre al hombre ingrato y pérfido que nunca la ha amado.»

Seria largo repetirte aquí todas las cartas que recibí de la misma manera; además, voy llegando á un momento tan doloroso de recordar que me falta tiempo para poner fin á esta triste confesion que me he impuesto. Durante una semana entera aquellos misteriosos billetes me persiguieron á todas horas; ya me los encontraba en un libro principiado, ya en un ramillete, ya á mis piés en el jardín, y luego, todas las noches, en el fatal sortijero. Unas veces contenian lúgubres vaticinios, tremendas amenazas que me helaban la sangre; otras un dibujo fúnebre, un sepulcro ó una calavera. Momentos habia en que mi imaginacion exaltada me hacia ver algo de sobrenatural en aquella tenaz persecucion; pero pensándolo despacio no podia ménos de adivinar en ella un plan de venganza urdido por una rival abandonada y á todos mis tormentos se añadía el de los celos.

Alfeo escribió á mi abuela una carta muy tierna, en la que se lamentaba de la lentitud y la tiranía de los curiales que exigian su presencia todavía por una semana. Incapaz de soportar por mas tiempo aquella angustia, no teniendo junto á mi persona á quien fiar mi secreto, me decidí á escribir al príncipe, á contárselo todo, rogándole con las mas vivas instancias que volviese pronto.

Después de haber escrito aquella carta muy temprana para que no me sorprendiesen, me sentí mas aliviada. En la ciega confianza del amor, todo lo esperaba de Alfeo, proteccion, felicidad. Pareciami que estaba siendo juguete de una maquinacion, que una palabra suya bastaria á disipar.

Con esto me presenté al almuerzo ménos abatida que los otros dias, tanto que mi abuela lo notó.

— Hoy estás mejor que otros dias, Albina, me dijo. Sea enhorabuena! Por favor te pido que no te aflijas por unos dias de ausencia: déjate de dramas y toma la vida como una comedia, único género en que yo puedo ya hacer papel... Y á propósito de dramas ¿sabeis que tenemos aquí cerca una *dama blanca*?

Todos lo echaron á broma; solo yo experimenté una vaga inquietud.

— No te tiente el deseo de imitar al caballero de Avelnel (1), Jorge, repuso mi abuela, ya que llevas su mismo nombre?

— ¿En qué torreón hay que ir á pasar la noche para ver á esa misteriosa dama? preguntó mi primo sonriéndose. ¿Es jóven, es linda? Habla del tiempo pasado ó del venidero?

— Es jóven, no hay que preguntarlo, añadió mi abuela. A mi edad las mujeres no se aparecen á nadie; si habla, debe ser de lo venidero, porque cada cual sabe muy bien lo que le ha pasado en su vida y no gusta de que se lo recuerden; pero hago mal en llamarla *Dama blanca*, pues al contrario es toda *negra*, como el paje de Malborough (2), y lleva un velo funeral que la cubre el rostro. Dicen que vive aquí cerca en casa de unos pobres labradores á quienes da oro á puñados en cambio de un poco de pan moreno.

— Me temo, dijo friamente mi tia, que esa desconocida sea una aventurera trashumante.

— Como quiera, dijo Noemi, estoy segura de que no voy á volver á cerrar los ojos de miedo... Pero miren Vds. que pálida está Albina! se ha puesto mala.

Viéndome objeto de la atencion general logré reprimir mi angustia, y pretextando una ligera desazon, me retiré á mi cuarto. Necesitaba estar sola, dar rienda suelta á mi dolor, á mi desesperacion, como un niño que por primera vez encuentra resistencia á sus deseos...

Al cabo de pocas horas, una idea atravesó de pronto mi espíritu como un relámpago — Volé al sortijero y en él me encontré un billete que decía así:

«Ya es tiempo de que sepa Vd. toda la verdad: callarla seria una infamia. Alfeo Micaelis no se casará nunca con Vd.: si osara conducirla á Vd. al altar, allí mismo caeria Vd. á sus piés enegada en sangre. Si tiene Vd. valor para saberlo todo, vaya Vd. esta noche, sin miedo, á la reja del parque exterior: entonces será Vd. única árbitra de su suerte.»

En el estado de exaltacion en que me hallaba no tubeé un instante.

— Iré, dije, iré, suceda lo que suceda. Ya nada me importa!

Hay en la vida momentos decididos en que las naturalezas mas débiles adquieren una fuerza facticia, febril, que las arrastra y las lanza á peligros que el dia ántes no se hubieran atrevido á arrostrar, lo cual no es entereza ni valor, sino una sobreexcitacion nerviosa que á veces produce irreparables faltas, á veces actos de heroismo seguidos casi siempre de inercia y abatimiento.

Afectando la mayor serenidad posible, bajé á la hora de comer á fin de poder salir luego al parque sin llamar la atencion, y así lo hice en efecto sin que nadie se ofreciese á acompañarme porque tales paseos eran en mí cosa ordinaria, y además en dias de jaqueca nada es mas natural que salir á tomar el aire. Acababan de dar las siete y media en el reloj del salon cuando me encaminé á la terrible cita... Pronto, sintiéndome aislada en

(1) Alude á la preciosa novela de W. Scott, «el Monasterio.»

(2) El héroe de la conocida cancion «Mambrú se fué á la guerra.»

aquel gran parque solitario, tuve miedo; el solo roce de mi falda contra las retamas me hacia estremecer; poco me faltó para huir, pero pudo mas en mí la invencible curiosidad que me atrastraba, y quise jugar mi destino de una vez... perderle ó salvarle.

En el momento en que llegué á la reja que separa al jardin del parque exterior, oí con terror un ruido de pasos; volví la cara y me encontré enfrente de Jorge.

— Muy animosa eres, prima, en recorrer el bosque á estas horas, me dijo con acento algo burlon. Pudieras tener algun mal encuentro.

— Nada temo, te lo aseguro, respondí algo turbada. Desde mi niñez tengo costumbre de recorrer este parque sin encontrar en él mas que pájaros y mariposas.

— ¿Quieres aceptar mi brazo? repuso Jorge con dulzura.

— No, no, necesito respirar el aire libre, y seria demasiado egoísta retenerle lejos del salon donde, sin duda, te echan de ménos.

— Nadie me echa de ménos en ninguna parte, Albina, y no puedo dejarte así, continuó mi primo con cierta insistencia. Además, mucho tiempo hace que estoy buscando en vano la ocasion de hablar contigo: permíteme que aproveche esta. Para que no me interrumpas, voy á hacerte una pregunta sin mas preámbulo: ¿Porqué me tratas como á un enemigo?

— ¿Cómo á un enemigo, Jorge! exclamé confusa.

— Sí, como á un enemigo, y desde que éramos niños, sin que nunca haya podido adivinar porqué. No lo niegues; á veces experimentamos antipatías involuntarias y esa será una de tantas—¿cómo ha de ser? Nada te diria de esto, como ya supondrás, si una circunstancia particular no me forzase á tener contigo una explicacion. Creo, prima, que en este momento debes desear el consejo de un amigo y vengo á decirte francamente que, si necesitas auxilio, te ofrezco el mio.

Quise responder, justificarme; me fué imposible. Aquella oferta leal, imprevista, habia desarmado mi orgullo: él prosiguió:

— No te tomes la molestia de confiarme un secreto que te seria penoso revelar: yo hablaré por tí; si me engaño, tú me desmentirás. Has venido aquí, esta noche, no á tomar el fresco, sino á buscar á quien puede perderte, á una criatura indigna de acercarse á tí! En semejante caso, Albina, una mujer titubea, tiene miedo, y confía su secreto á un pariente, á un amigo, á quien encarga el cuidado de desenmarañar una intriga que podría mancharla.

Estas palabras fueron pronunciadas con una dignidad tal, con un acento tan noblemente sincero que, en el estado de aislamiento y exaltacion en que yo me encontraba, me llegaron muy al alma.

— Pues bien! Jorge, exclamé, estoy pronta á aceptar la proteccion que me ofreces, pero con una sola condicion, y es que, suceda lo que suceda, jamás descubrirás mi secreto, ni aun en mi interés y delante de nuestra familia. No te creo capaz de ninguna otra indiscrecion no creas que te pongo esa traba por sentimiento algun de desconfianza, no; lo que hay es que deseo queda dueña absoluta de mi suerte. No quiero, enténdelo bien, no quiero que me salves á pesar mio.

— Te lo ofrezco bajo mi palabra de honor, respondió mi primo; tu apellido es el mio y esta garantía debe bastarte á falta de confianza. Ahora voy á decirte cómo he sabido tu secreto.

Hace algunos dias, paseándome en este parque recogí en el suelo un billete abierto y sin sobre; lo leí y con gran sorpresa hallé en él amenazas hechas en estilo de melodrama que, segun todas las apariencias, no podian dirigirse mas que á tí. Recordando la expresion de terror pintada en tu rostro de algunos dias á esta parte, fácil me fué reunir los hilos de aquella intriga, como se reunen los retazos de una carta rasgada para recomponer su sentido.

(Se concluirá).

Revista de Paris.

Ante todo rectificemos un error. Parece ser que la aventura de que hablábamos en nuestra última revista relativa al antiguo embajador de la Puerta en Paris, Vely-bajá, no tiene colores tan sombríos. Vely-bajá no se llevó de Paris como habia dicho el periódico el « Norte » de Brusélas, una mujer jóven y bonita, sino una señora de treinta y cinco años que le fué recomendada para educar sus niñas. La institutriz pasó directamente á Candia mientras Vely marchaba á Constantinopla donde permaneció tres ó cuatro meses, y al cabo de este tiempo se dirigia con toda su familia al lugar que le estaba señalado, cuando habiendo sabido en el camino que corrian ciertos rumores, que no es del caso repetir, sobre aquella señora, la ofreció una indemnizacion para que se volviera á Francia.

Desgraciadamente la institutriz que habia fundado en su nueva posicion todas sus esperanzas de porvenir, viéndose despedida de casa del bajá apeló al suicidio. Esto es lo que dicen personas bien informadas; el lance cambia de aspecto, y el periódico el « Norte » que inventó la tragedia musulmana que hemos referido en el número anterior, ha sido condenado en primera instancia al pago de una multa de 1,200 francos. Es probable que el gobernador de Candia no se dé por satisfecho con tan poco y apele á un tribunal superior; el asunto lo merece.

Uno de los publicistas franceses mas conocidos en el mundo, M. Emile de Girardin, ha ocupado bastante á la

crónica parisiense, primero con su casamiento, que celebró el mes último, y despues con la venta del periódico la « Presse » que habia fundado hace veinte años y cuya direccion no abandonó un instante desde esa época. M. de Girardin era viudo de una de las notabilidades mas famosas en la literatura, y ha contraído segundas nupcias con una jóven que parece no le ha llevado en dote mas que un nombre ilustre y una hermosura septentrional de las mas cumplidas que se han visto. Dicese que la venta de la « Presse » ha sido una consecuencia del matrimonio: M. de Girardin ha sido siempre uno de esos hombres activos que tienen de todo en la vida, pero que no disfrutan de nada, porque viven con demasiada precipitacion; una sola cosa ha faltado siempre á este hombre afortunado en cuanto emprendió; tiempo para disfrutar de su fortuna. Ahora bien, la venta del periódico le deja el tiempo libre, requisito indispensable para el casado que quiere ser dichoso, y además le produce una suma de mas de ciento sesenta mil pesos.

El comprador es M. Millaud, un banquero muy rico, uno de esos genios de la época que saben el secreto de improvisar millones. Cuando se fundó la « Presse » M. Millaud acababa de llegar á Paris, sin otros recursos que los que podia suministrarle una imaginacion meridional fecunda en expedientes. Citábase de él un rasgo en aquel tiempo de escasez pecunaria, que por la invencion puede figurar entre los mas sobresalientes.

M. de Girardin ofrecia 8 francos de gratificacion á todo el que le procurase un suscriptor á su periódico. Millaud pide prestados 40 fr. (este era el precio del abono anual que debia pagarse adelantado) y dice al amigo que se los entrega, no sin cierta inquietud:

— Esta suma me ha de producir un ciento por ciento.

— ¿Y cómo? ¿Vas á jugar?

— No, seguramente, voy á especular y sin temor de pérdida.

— ¿Pero supongo que no comprarás renta del Estado?

— No faltaba otra cosa, podria bajar y buenas noches... Ya verás lo que hago.

Y armado con su dinero se va á la esquina de la calle Saint-Georges donde M. de Girardin habia establecido la redaccion y oficinas de su periódico, esperando á que llegue el suscriptor.

— Caballero, ¿Vd. quiere abonarse á la « Presse »? preguntaba cuando descubria su hombre.

— Si señor.

— Las oficinas están llenas y tendrá Vd. que esperar mucho tiempo; además la gente se ahoga, ayer un escribano se desmayó... Si Vd. gusta yo sacaré su recibo y pagaré en nombre de Vd.; en un segundo estoy aquí de vuelta....

Nadie dejaba de aceptar un ofrecimiento hecho por un jóven de aspecto simpático y que no pedia nada por aquel obsequio, ni siquiera el dinero de la suscripcion que pagaba él de su bolsillo... Todas decian: Sí; y el corredor improvisado estuvo ganando muchos dias hasta sesenta y treinta pesos. Quien le habria dicho entonces que veinte años despues seria el propietario principal de aquel diario, ue hizo una revolucion completa en la prensa de Paris introduciendo la baratura en los periódicos y doblando y triplicando su forma.

M. Millaud fundó tres años despues una publicacion que ha dejado nombre. Titulábase la « Audiencia. » M. Leo Lespés, uno de sus redactores, ha dado á luz estos dias en el « Figaro » una historia « verídica y completa » de ese periódico singular donde alternaban lo jocoso y lo terrible de un modo grotesco. — M. Millaud criticó amargamente el primer número, dice Leo Lespés; los hechos y noticias diversas, las gacetas, como diriamos en Madrid, le parecieron insignificantes.

— ¿Quién se interesa, exclamaba, por un albañil que se cae de un andamio y se mata? Si se hubiera caído sin hacerse daño y sin romper su pipa, quizá, quizá... pero se necesita mas gusto y mas gracia.

Y tomando la pluma improvisó este hecho-modelo:

« Un acontecimiento muy sencillo ha puesto en conmocion ayer mañana, la calle de los Mártires. Un músico de mucho talento, que habia ganado el premio de Roma, viéndose reducido á tal miseria que ni siquiera podia alimentar un mono que tenia, su compañero de desgracia, resolvió poner fin á sus dias, y en efecto se ahorcó dentro de su cuarto con un manojo de cuerdas de violin. Pero vino á libertarle de la muerte una casualidad inaudita. El mono que mil veces habia oido tocar á su amo, guiado por ese instinto imitativo propio de su raza, se apoderó del arco y principió á rascar con él sobre la cuerda tirante por el peso del cuerpo. El sonido que produjo con una persistencia tenaz, llevó allí á los vecinos poco acostumbrados á un ruido tan monotono. Descolgaron pues, al infeliz, llamaron á un médico, y hoy el pobre artista que mediante aquel acto de desesperacion se granjeó las simpatías de muchas personas de valimiento, ha renunciado para siempre á sus proyectos lúgubres, y está de primer violin en la orquesta del teatro del Gimnasio. »

La gaceta se publicó y produjo una sensacion extraordinaria; todos los periódicos de Francia la copiaron y durante dos años los buenos parisienses que iban á las lunetas del Gimnasio, preguntaban con timidez al director de orquesta cuál era el jóven é interesante músico que fué salvado tan milagrosamente por un mono.

Hemos hecho esta cita para dar á conocer al nuevo dueño de la « Presse », pero debemos advertir que el jocoso y atrevido periodista de entonces, tiene hoy toda la gravedad de un millonario, y que por consiguiente no es de temer que se repitan en su diario actual tamañas excentricidades.

El martes último un abogado de Paris se encontraba en el boulevard de los Italianos con un jóven médico, antiguo compañero de estudios con quien estaba unido por estrechas relaciones.

Despues de los abrazos, las efusiones de alegría y lo apretones de manos, los dos amigos entran en el café inglés, y comiendo principian á contarse sus aventuras desde que no se han visto.

— Supongo, querido mio, dice el médico á su compañero, que me presentarás á tu jóven esposa; me han hecho de ella grandes alabanzas.

— ¡Oh! las merece.

— ¿No es jóven, rica, hermosa, bien educada?

— Muy bien educada. Montaba á caballo como el mejor ginete, en la pistola era tan diestra como tú, y con la pluma en la mano podia dar lecciones á todas las mujeres... en fin, era lo contrario de lo que yo deseaba...

— ¿Cómo, pues?

— Sí, nos hemos separado.

— Pues querido, yo voy á casarme con una viudita encantadora, de carácter pacífico, modesta, afable, sencilla y que no toca el piano.

— ¡Qué suerte, amigo mio!

— Ven conmigo y te presentaré, á ver que te parece. Además quiero que mi mujer conozca á mi mejor amigo.

El abogado sigue al médico, y ambos entran en una bonita casa detrás de la Magdalena; llaman y una criada introduce á los dos amigos en una sala donde estaba leyendo la viuda; esta se levanta para saludar...

— ¡Dios mio! exclaman á un tiempo dos personas. El abogado ha reconocido á su mujer.

El infeliz quiere retirarse bien atormentado con la confianza que le habia hecho su amigo; pero la supuesta viuda le suplica que tome asiento y se pone á conversar con él como si no le hubiese reconocido.

El abogado interesado en la aventura, se mostró muy afable por no parecer ridiculo, y ella le corresponde con una coquetería y una gracia que encantan al pobre marido; pero ¡ay! poco á poco esta alegría afectada se desvanece, sus ojos se vuelven apesadumbrados al reloj, debe marcharse.

— Permítame Vd. que me despida, exclama con angustia.

— No por cierto, ahora vamos á cenar, contesta la jóven.

— Hace mucho tiempo que no ceno y que me acuesto muy temprano, dice el abogado levantándose; dispénsese Vd. pero me retiro.

La jóven no le detiene, pero al acompañarle le hace pasar por el comedor, en donde encuentra al rededor de una mesa lujosa á su suegra y á varios amigos de su familia.

— ¿Y ahora quiere Vd. marcharse? pregunta la jóven tendiéndole la mano.

Por toda respuesta él la estrecha en sus brazos y presenta su mano al amigo que le hizo volver al seno del hogar doméstico por medio de este ingenioso y laudable subterfugio.

En la semana que acaba de transcurrir ha muerto súbitamente en Paris de un ataque de apoplejía fulminante, un anciano que ha pasado su vida en el trabajo y en la oscuridad, uno de esos hombres caritativos que para consuelo de los infelices, envia Dios al mundo. Llamábase Simonnin, y era conocido en el barrio que habitaba como la providencia de los pobres. Mediante una suma de setenta mil pesos habia fundado en el hospital de Incurables treinta y tres camas para los indigentes, y empleaba lo que le restaba de su fortuna en dar pan y vestidos á los menesterosos. En cuanto á él, vivia retirado en una casita mas que humilde de la calle Montagne Sainte-Genevieve, núm. 66, donde apenas gastaba cincuenta céntimos diarios.

M. Simonnin era hijo de sus obras. Nacido de una familia de obreros, y obrero tambien, habia logrado reunir á costa de economías y de privaciones un pequeño capital que manejado con mucho acierto, se multiplicó rápidamente hasta llegar á constituir una fortuna considerable. Pero M. Simonnin no pensó un instante en convertir su riqueza en instrumento para gozar del mundo, ántes bien solo se propuso firmemente consagrar en adelante á los pobres sus consejos, su tiempo y su dinero. Su digna señora le secundó con toda su alma en esta tarea mientras estuvo en vida.

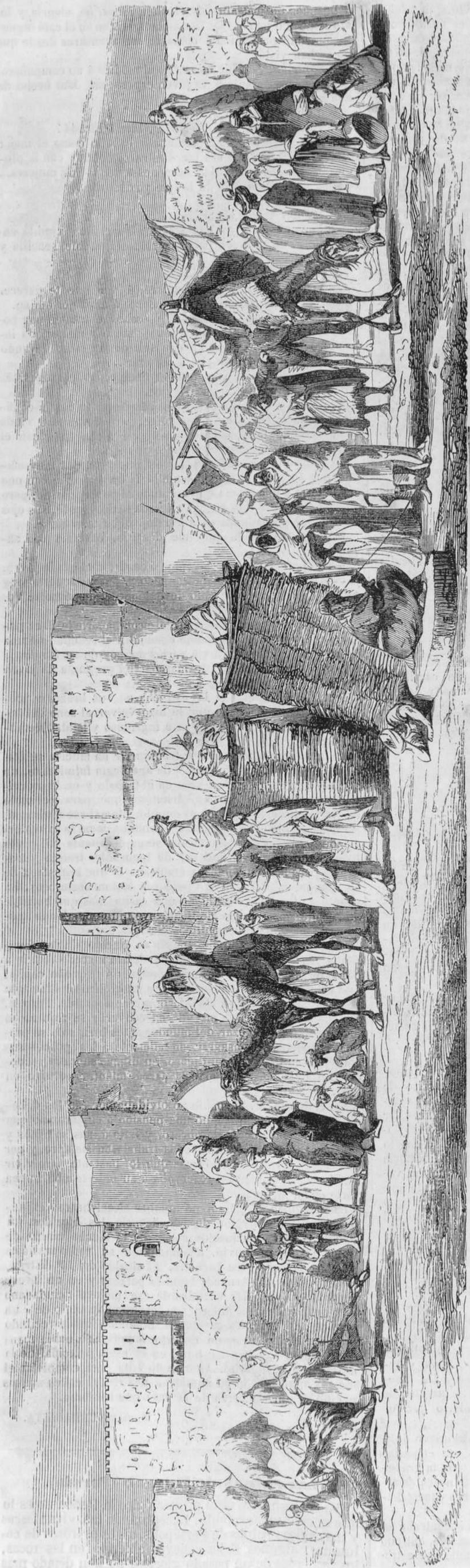
Sin embargo, M. Simonnin no olvidaba por eso los deberes y afectos de familia; dió una pension á su hermano que continuaba trabajando de obrero, y dotó á sus sobrinos y sobrinas. Pero queria que todos trabajasen siempre, y por esta razon no les acordó mas que lo bastante para vivir con decencia, si bien les reservaba á su muerte una buena parte de su fortuna.

Las exequias de este digno hombre se celebraron el jueves último. El director de beneficencia, los alcaldes, los miembros de las oficinas de caridad y la muchedumbre de indigentes de su barrio, acompañaron su cadáver hasta el cementerio del Père Lachaise. El alcalde del 12º distrito, M. Leroy de Saint-Arnaud, tomó la palabra y en un breve discurso enalteció las virtudes de ese eminente ciudadano que ha bajado al sepulcro con el humilde título de « un hombre de bien » Ya en vida M. Simonnin habia recibido un honor insigne; por un decreto imperial se habia mandado que se colocara su busto en el salon principal de la alcaldía del 12º distrito. Ahora solo falta para completar el homenaje, que se dé su nombre á una de las calles nuevas que deben abrirse cerca de la casa que habitaba.

MARIANO URRABIETA.

Las ruinas de Murgab (Persia).

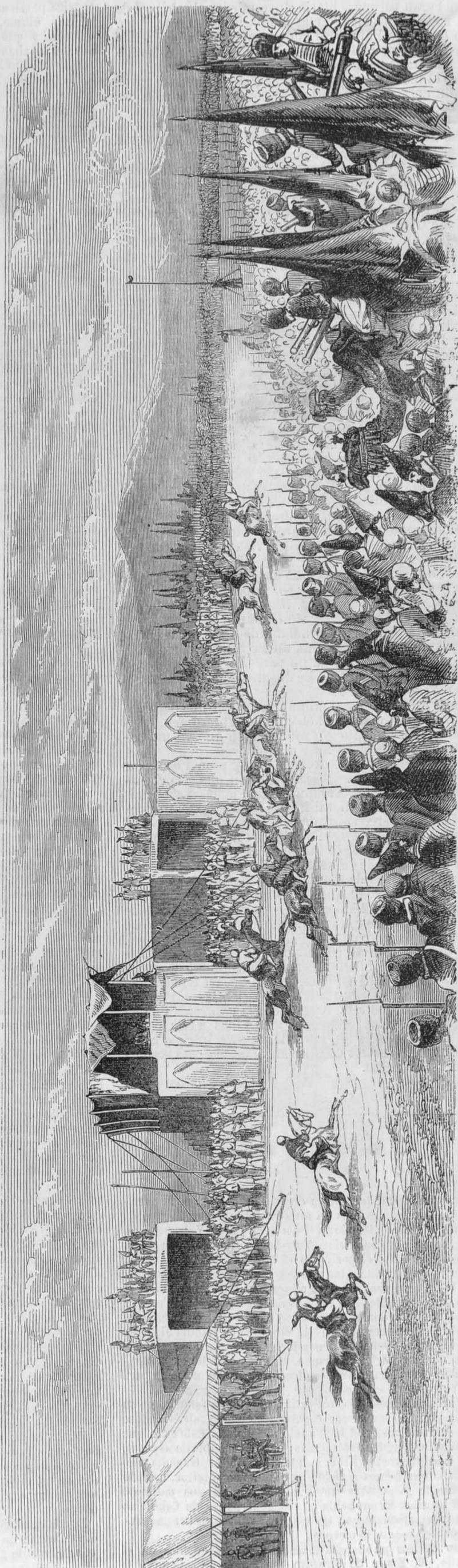
Bajo el punto de vista arqueológico la Persia no es lo que se cree vulgarmente. Exceptuando las gigantescas y magnificas ruinas de Persépolis, algunos trozos de columnas, algunos bajos-relieves abiertos en las rocas, los recuerdos de un pasado glorioso no han dejado mas



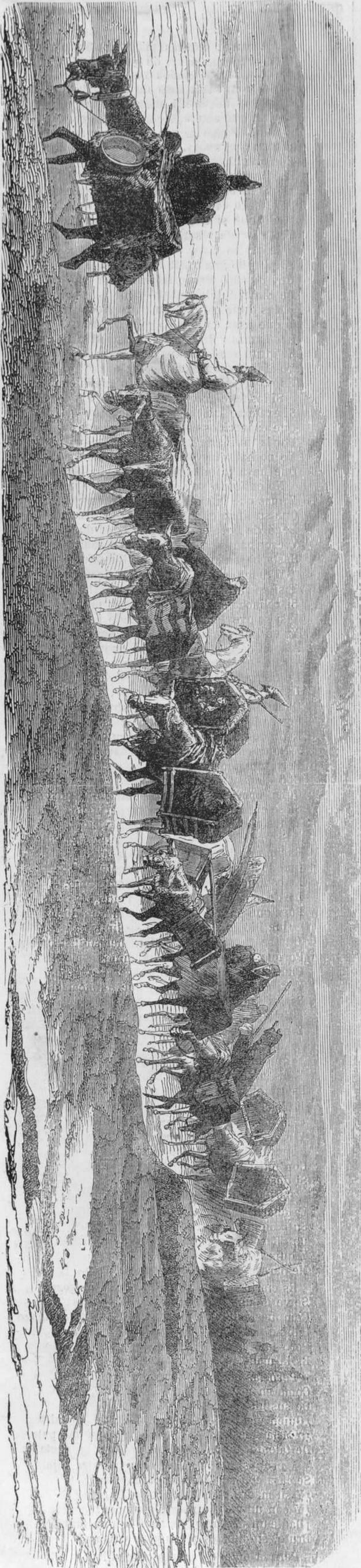
Djedda (Persia). Puerta de los Peregrinos, ó de la Meca.

señales en la tierra que en las tradiciones del país. Y no son las invasiones, el tiempo y la incuria de los hombres, las únicas causas de esa escasez de monumentos anteriores al islamismo. Los antiguos persas, como sus vecinos los asirios y como sus descendientes actuales, tenían la costumbre de no emplear en la construcción de sus ciudades mas que adobes, como lo prueban los descubrimientos recientes de los señores Place y Layard. Algunos edificios consagrados al culto público, el palacio del soberano y la tumba que encerraba sus cenizas, formaban apenas excepción á esa regla constante; así se explica que ciudades tan considerables y tan ricas como Rhages y Ecbatana han dejado tan pocas señales de su antigua grandeza que se vacila todavía para determinar el sitio que ocupaban.

Las ruinas conocidas ántes en Europa con el nombre de Tumba de Ciro, aunque posteriores probablemente á la conquista de los Macedonios, ofrecen pues, bastante interés en un país donde el tiempo y los hombres no han respetado nada. — Como á la mitad del camino de Chiraz y de Isfahan se extiende una llanura bastante fértil regada por uno de esos arroyuelos que llaman rics los persas. Es la llanura de Murgab así llamada del nombre de una ciudad importante en otro tiempo y que hoy es una aldea miserable, como todas las del Fars. Pues en medio de esas estepas áridas, calcinadas por un sol inclemente se conoce que se va pisando una tierra muy poblada en otro tiempo. A un kilómetro al Sur de la Tumba se ven dos ó tres columnas y pilares con inscripciones cuneiformes; mas allá yace en la tierra una cabeza grande con cuernos retorcidos, adorno simbólico que se encuentra en las excavaciones de Quiundjiq, y mas evidentemente aun en la curiosa



Carreras de caballos en las cercanías de Teheran.

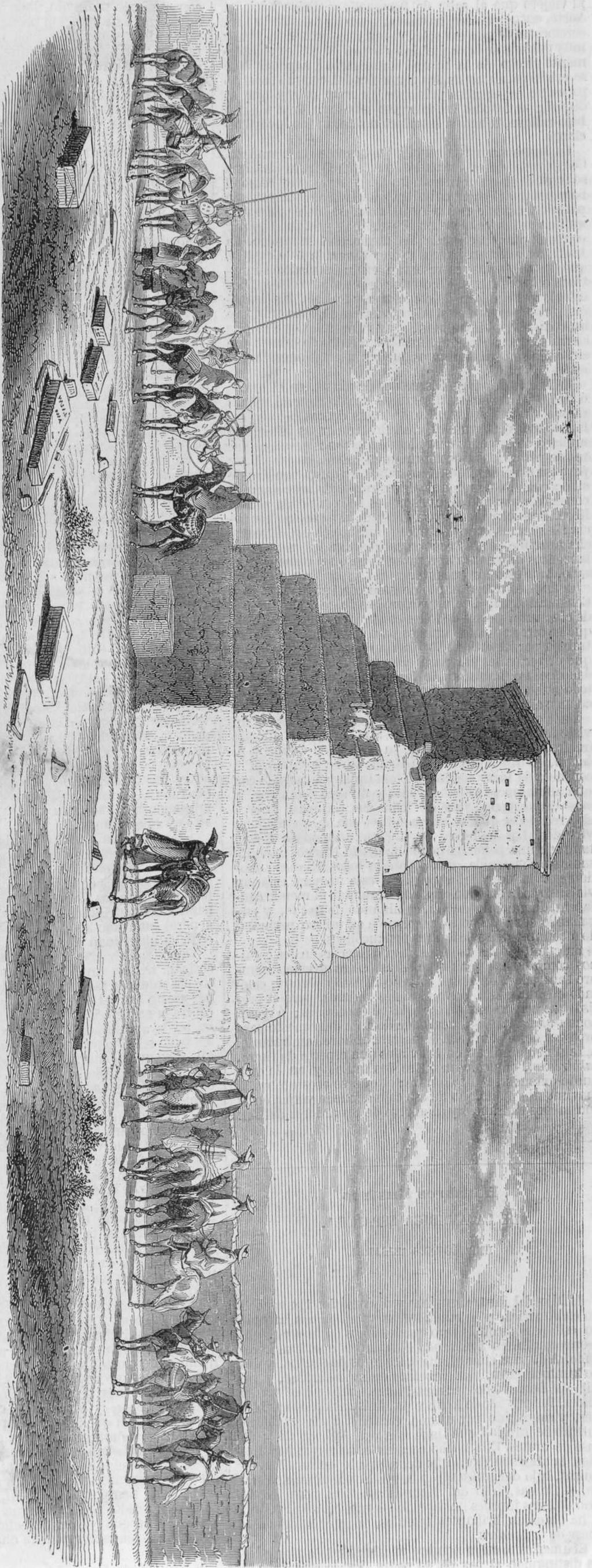


Una caravana persa.

mesa llevada de Chiraz á Teheran y que se conserva en una mezquita de esta última ciudad. El supuesto sepulcro de Ciro se llama por los habitantes *Mechedimaderi-Suleiman*, esto es, tumba de la madre de Salomon. El monarca judío, considerado por el islamismo como un profeta, y que dominaba los elementos y comprendia el lenguaje de la creacion, dicen los musulmanes que hacia viajes frecuentes al país de Iran (Elam). En uno de estos perdió á su madre, y para manifestar á ese pueblo su cariño, le dejó esos restos venerados como una prenda para lo sucesivo. Esta tradicion es puramente local y no se halla en los voluminosos comentarios del Coran; los habitantes de Murgab no saben dar noticias mas positivas.

Proporcionalmente la erudicion europea no suministra datos mas seguros. Si hace tiempo se ha condenado al olvido la opinion ridicula de que ese monumento era la verdadera tumba de Ciro, al ménos es fácil entenderse sobre el sitio que debió ocupar la ciudad de Passargade en cuyas cercanias se elevaba la tumba del gran rey. Esta cuestion tan discutida en Francia y en Alemania, no se halla aclarada aun, y la luz que nos suministran los autores de la antigüedad, sobre todo Ariano, es insuficiente para guiarnos por ese laberinto de conjeturas. Ha habido tambien hombres doctos que cediendo á escrúpulos exagerados, quisieron llevar mucho mas al Sur y cerca de la aldea moderna de Fessa el *Campus ubi Troja fuit*. Pero una simple analogía de nombres no basta en ausencia de pruebas históricas, para arrebatár á la llanura de Murgab su mayor título de gloria.

Passargade (Persia). Alto cerca de la tumba llamada de Ciro.



El viajero que al salir de Persépolis se dirige hacia el Norte, encuentra aun bastantes vestigios del pasado para cerciorarse de que esa soledad era una provincia rica y muy poblada de la capital de los persas. El estilo evidentemente griego de la tumba autorizaria á suponer que se erigió para uno de los generales del conquistador, ó para uno de aquellos príncipes de raza griega que se disputaron despues ese hermoso territorio. Pero ningun bajo-relieve, ninguna inscripcion aclaran las investigaciones.

La tumba aunque sencilla no carece de grandeza. Compónese de seis grandes trozos de piedra calcárea sobrepuestos en forma de gradas y formando como el basamento del compartimiento funerario. Esta segunda parte del edificio está adornada con un doble fronton; en una de las fachadas principales hay una puerta muy estrecha que da entrada al interior del mausoleo. La tradicion religiosa ha hecho tan venerada esta capilla, que los musulmanes reservan exclusivamente su entrada á las mujeres. El interior del cenotafio ofrece poco interés: está adornado con algunos tapices, dos lámparas y algunas ofrendas. Al rededor del monumento hay un cementerio musulman, y en la muralla que lo encierra se encuentran algunos fragmentos de pilares que sin duda son mas antiguos que las inscripciones de que están cubiertos.

En Persia solo hay dos modos de viajar, en el correo ó con las caravanas. El segundo medio aunque ménos rápido es mas seguro. En distintas épocas del año salen de todas las grandes ciudades inmensas hileras de mulas ó de camellos cargados de mercancías, con millares de peregrinos que caminan en caballos excelentes para esa clase de viajes. A los persas les gusta cambiar de sitio; cuando tienen que llevar una vida sedentaria se consuelan pasando algunos meses bajo la tienda al aire libre. Pero el viaje es para ellos el ideal de la existencia: las largas horas de reposo durante el día, la marcha apacible por las noches, la libertad, los cantos melancólicos que hacen apresurar el paso del camello cansado, todo esto les encanta.

Cuando estuve á punto de salir de Persia para ir á Constantinopla, dice un viajero, recibí la visita de mas de cincuenta persas de todas condiciones, hasta mirzas, que se ofrecían como criados para llevar la pipa ú otro trabajo por el estilo. No querían salario, pues decían que el ver países era para ellos la mejor paga. Es verdad que no hablaban de los pequeños beneficios que todo buen criado musulman tiene derecho para sacar cuando sirve á un amo infiel.

Nada mas fácil para ellos que los preparativos de un viaje aunque sea largo. Atán á la silla unas alforjas (mefrech), con cuatro trapos, su batería de cocina y el *kalium*, el inseparable compañero de su existencia, el consuelo de todos sus males. Una mula va cargada con una alfombra para las paradas y un saco con arroz, y *mast* (leche agria), base de todas sus comidas; es preciso reconocer que la sobriedad es una de sus grandes virtudes. Los hombres de la clase acomodada llevan tambien una pequeña tienda de lienzo blanco, ingeniosamente construida, que levantan todos los dias cuando llega la hora del reposo. De esta manera estarían viajando toda su vida sin experimentar el menor cansancio, durmiendo de dia, caminando de noche, y engañando el sueño con una pipa de su tabaco perfumado ó con uno de sus cantares melancólicos.

En cuanto á las mujeres, tan cubiertas en los caminos como en las plazas públicas, se mantienen siempre separadas. Un doble canasto llamado *kedjare*, colocado en una mula, sirve para dos viajeras, pero es preciso que vayan muy recogidas é inmóviles; á veces pozen una cortinilla encarnada delante del canasto para proteger de toda mirada indiscreta al haren ambulante.

Tambien emplean en los viajes una especie de litera, *takhtreacan*, que colocan entre dos mulas y en la cual puede extenderse un hombre; el que se acostumbra al movimiento monotonó de ese cajón, puede viajar en él con ménos cansancio y al abrigo de los ardores del sol.

P.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

HERMÓGENES IRISARRI.

Es hijo del ilustre escritor y diplomático tan conocido en América, y de quien tantas veces hemos hablado en este periódico. Es raro que los hijos de hombres célebres continúen ilustrando el nombre que han heredado. Así, para citar algunos, los hijos de Goethe, y dos de Zimmermann, han vegetado en la oscuridad, y un hijo de Bernardino de Saint-Pierre, habiéndose vuelto idiota, fué privado de la libre administracion de sus bienes, y conducido por último, en 1854, á un establecimiento de caridad que tiene á la vez de hospicio y de casa de orates. Este hecho constante, hace que hoy llamen la atencion Say, hijo del afamado economista, — Guizot, hijo del eminente publicista y hombre de Estado, — Dumas, hijo del fecundo novelista, porque cada uno de estos jóvenes ha seguido las huellas de su padre, y ha obtenido brillantes triunfos, manteniendo así el honor de la bandera.

El americano cuyo nombre encabeza este artículo, se ha distinguido al par de su padre, en lo que hace al

conocimiento profundo de la literatura, y le aventaja en cuanto á su vocacion poética, que es mas legítima y mas ardiente; como es jóven aun, todavía puede esperarse que se abra campo entre los políticos y diplomáticos de América. Por lo que dice al conocimiento de su idioma y al manejo de él, Irisarri, hijo, tiene gran nombre en Chile, y es reputado, con justicia, como uno de los escritores mas correctos y castizos de esa república; y aquí viene bien decir, *que quien lo heredó, no lo hurta*.

HERMÓGENES IRISARRI nació en Santiago de Chile, el 19 de abril de 1819. Fué educado en el Instituto Nacional, y bajo la direccion de su padre, Don Antonio José de Irisarri.

En 1840 fué colaborador del *Semanario de Santiago*, y en 1844 hizo parte de la redaccion de *El Crepúsculo*; en las columnas de ambos periódicos publicó bellísimas poesías.

En 1847 entró á desempeñar la redaccion de *El Comercio de Valparaíso*, periódico político y comercial.

En 1848, figuró como colaborador de *La Revista de Santiago*, y en sus columnas dió á luz tres composiciones, un poema intitulado «LA CHARLA», obra llena de chiste y de vena, y que nos hace recordar al saleroso (y perdónesenos el adjetivo) autor de «LA CARA DE UN HOMBRE CÉLEBRE», de «LAS EPÍSTOLAS Á PISANO», de «EL CRISTIANO ERRANTE (1)». Debemos decir que el dicho poema es una imitacion del italiano, segun nos lo da á conocer el mismo Irisarri.

En 1849, contribuyó á la redaccion de *La Tribuna*, periódico político que se publicaba en Santiago.

En 1850, publicó algunas nuevas poesías en *La Revista de Santiago*, casi todas imitaciones de V. Hugo; tambien dió á luz en el mismo periódico, un análisis de la obra de Don José Amador de los Rios, intitulada: «Estudios históricos, políticos y literarios sobre los juicios de España»; ese pequeño trabajo crítico-literario revela los vastos conocimientos de Irisarri y es una prueba de su sano criterio y de su gusto delicado.

En 1853, el autor de «La Charla» regaló á los lectores de *El Museo* de Santiago con algunas otras imitaciones de las odas de V. Hugo. Desde esa época no hemos vuelto á leer nada de Irisarri. A pesar de que su posicion pecuniaria le deja sobrado tiempo para darse con mas empeño al cultivo de las letras, escribe poco, ó al ménos no hace conocer al público lo que escribe.

En sus ideas políticas, Irisarri es moderado y respeta las creencias de los otros; tiene sus tintes de conservador y ama la libertad en el órden; es decir: ama la verdadera libertad. Irisarri, despues de haber abandonado la redaccion de *La Tribuna*, fué uno de los que propusieron á Don Diego José Benavente como candidato para la Presidencia de la república; y en efecto, aquel sugeto es una de las mas altas capacidades políticas de Chile, un cumplido patriota que ha envejecido prestando servicios á su país, y un hombre de sanas ideas y buen corazon.

Antes de pasar á transcribir algunas de las poesías de Irisarri, agregaremos que bajo su direccion se da á luz *La Galeria Nacional*, ó coleccion de biografías de los grandes hombres de la República chilena. En este trabajo se ocupan los jóvenes mas distinguidos de ese país; Irisarri ha contribuido por su parte con la biografía del general Juan Mac-kenna, acerca del cual ya habia escrito su nieto Juan Vicuña Mac-kenna.

Vamos ya á charlar acerca de la CHARLA del charlador chileno. Irisarri empieza por decir que la mujer es entre los animales racionales el animal mas charlatan; y por cierto que al enunciar tal proposicion, no se peca contra la galantería, ó mejor dicho, un galante de buena ley se apresurará á reconocer esa adorable cualidad del bello sexo; pues nada hay mas dulce, nada mas encantador que la charla de una hermosa, y hasta de una fea; así como nada hay de mas enojoso y desilusionador que una beldad que haga el papel de muda, ó que hable cuando mas del frio y del calor, de si llueve ó hace sol. ¿Para qué sirve una linda muchacha que tenga la lengua solo para su gasto? Puede servir para muchas cosas, bien lo adivinamos y entendemos, y ménos para hacer agradable la sociedad: uno de los signos característicos del sér racional, es la palabra, y una de las condiciones de la vida social es la comunicacion de ideas y de sentimientos; la cual no puede efectuarse de una manera cabal sino á favor de la palabra. Véase, pues, cuán necesaria es la charla. Por de contado, que nosotros distinguimos con el poeta chileno la charla buena de la indigesta charla; y preferimos una muda á una trápala, latiniparla ó medias azules.

Irisarri manifiesta todas las ventajas é inconvenientes de la charla; distingue las diversas clases que de ella existen; y pone á las claras la necesidad urgentísima que hay de ser charlatan, charlador ó charlante, como el lector lo quiera, para abrirse paso en el mundo. Los hombres despiertos han comprendido bien esta necesidad, y así es que hoy pocos hay que no sean charlatanes, así como hay pocos que no tengan la cruz de la *Legion de Honor*; y aun países conocemos, la Francia por ejemplo, en que hay profesores, y muy honrados y muy serios, de esta nueva gaya ciencia — la *charlatanería*. Desgraciada ó afortunadamente, los profesores se quedan sin discípulos, pues es tal y tan grande el progreso del presente siglo, que los profesores están como los peces en tiempo de cardumen, y los discípulos están para ser buscados con la linterna de Diógenes.

Pero, pues que ya hemos echado nuestro cuarto á espadas, suspendamos nuestra charla para oír al bardo

que la canta. Dice, entre muchas buenas cosas, las siguientes:

Alegrarse, señoras, alegrarse!
Que luego vais á ver de que se parla!
De cosa que os agrada va á tratarse:
Se trata en sexta rima de la charla.
Pero hoy me toca á mí, á vosotras no:
Callad, que ahora el charlador soy yo.

¡Oh, de charlar prurito almo y fecundo!
¡Te traje al suelo la primer mujer!
Con ella tú naciste y este mundo
Mientras hembra le dure, te ha de haber:
Es tal tu esencia, que ni yo estoy cierto
Si el sexo callará despues de muerto.

Ah! que si al gacetero no le faltas,
Y al diarista y satírico acudiste,
Y le das tu favor y tú le exaltas,
¡O prurito inmortal! vén, y me asiste
Hoy que he tenido la feliz idea
De cantar tu alabanza. — Que así sea!

Mas decir me podrán que es cosa usada
Y que usan en la India y la Tartaria,
Los Lamas y Bracmanes no hablar nada:
El gusto como cosa es cosa varia,
Yo ni indio soy ni tártaro, y ageno
Es no ser charlador de un buen chileno.

Si las leyes recorro atentamente,
Si examinó las cosas y los textos
Que esparcidos están inmensamente
Por la indigesta mole del Digesto,
Yo no hallo ley (ni se podrá encontrar)
Que haya mandado no poder charlar.

No entiendo yo por qué callar se deba,
Y mas que la experiencia nos demuestra,
Que su libre charlar nuestra madre Eva
Legó de boca en boca á la edad nuestra.
Y escribanos ha habido que en asuntos
Hasta hayan hecho hablar á los difuntos.

Y luego, si el can ladra y el leon ruge
Y si en su propia lengua van charlando;
Si relincha el caballo y el buey muge,
Y si se oye tambien de cuando en cuando
Ya en la clave de bajo ó de tenor,
Al pollino cantar versos de amor;

¿Por qué no debe el hombre que es el rey
De todo cuanto Dios al mundo ha echado
Usar del privilegio de su grey,
Cuando su mismo Criador le ha dado
Con la lengua los otros atributos,
A fin de distinguirlo de los brutos?

No es cierto, no debemos charlar poco,
Pero tambien diferenciar es justo
Con quién de quién se charla, y fuera un loco
Quien comprara muy caro este buen gusto.
Si se excede, la charla es un perjuicio,
Y hasta excedida la virtud es vicio.

Si aprendemos á hablar de algun galeote
Racimo de horca, lengua de demonio,
Que se lleva tratando al estricote
La conducta de Juan, la de Sempronio,
La de toda mujer casada ó viuda,
Pues que para él solo hay virtud en duda.

Que Diógenes se guarde su linterna,
Que se guarde el buen Herzchel su instrumento,
Porque no ha de hallar quien no discierna
Que todo aquello es un perverso intento.
Y, si en rigor la cosa hay que explicarla,
Esa es murmuracion, esa no es charla.

Esta voz «charla» vagamente suena:
Y por eso se dice á cada instante:
La de aquella persona es charla buena!
Y qué bien que lo charla aquel pasante!
Y discurriendo así, la consecuencia
Es cambiarla en facundia ó elocuencia.

Charla es todo escrito en verso ó prosa,
«La mia ciarla stampai», dice Gravina;
Y escribiendo Martel no sé qué cosa,
«Faccio ciarla volgare e non latina»,
Con mil ejemplos que citar pudiera,
Si deseos y tiempo yo tuviera.

De Francia un cierto padre Reverendo,
La charla derivar hace divino
Su «Linguarum origine» escribiendo
De «Carola», vocábulo latino:
Y quizá dirá bien; pero el supuesto
Me parece, en verdad, algo indigesto.

Es cierto que en el baile, donde el gozo
Se ve de una pareja enamorada
Compuesta de una hermosa y de un buen mozo,
Hablan despacio, ó hablan poco ó nada;
Pero tal vez del niño y la chiquilla
Es la mano, es el ojo tarabilla.

Pero las madres al quedarse solas,
Como en noche de baile es natural,
De sus hijitas charlarán á solas.
¿Quién visita á la vuestra? — El tal de tal.
¿Y á la vuestra? — Es un jóven que me peta,
De talento, pero!... ¿Y bien? — ¡Ay! es poeta!

A propósito: ¿es cierto que vuestra hija
Se casa con aquel de los cincuenta?
¿Y su madre consiente en que lo elija?
¿Y con un viejo quedará contenta?
¡Dadle un jóven! ¿Qué hará con un fantasma
Bruto, sin dientes y con gota y asma?

Pero la dota. — Asunto concluido,
Si hay por medio interés, amiga mia. —

(1) Don Antonio José de Irisarri.

¿Y de la vuestra será, «aquel,» marido? —
Si él quisiera, por mí, se la daría,
Y creo que la niña se le inclina;
Pero, ¿sabeis? El joven es espina!

Sabed que en el hablar, señoras mías,
Tenemos ciertos modos predilectos,
Y ciertas expresiones y manías
Que nos dan á entender. Quien los defectos
Y el ageno carácter saber quiera,
Todo lo opuesto á lo que dice infiera.

Me explico. El mete-escándalos dirá:
«Yo soy hombre de paz, no soy curioso,»
«En mí encerrada la verdad está,»
Os dice seriamente el mentiroso;
Y quien de engaños vive y el malvado:
«Yo soy hombre de honor, soy hombre honrado.»
Francamente, yo no uso cumplimento,
«Sans façons,» os dirá el ceremonioso:
La que tiene criados mas de ciento:
«No los trato por mí, son de mi esposo.»
«Yo no lo entiendo,» dice el sabio; el bolo:
«Para entenderlas me lo valgo solo.»

Sirve tambien la charla en el apuro
Do nos solemos ver por causa agena:
Decirle á un hombre «no» es un caso duro;
Y con charla salimos de la pena,
Mostrándole aunque sea en lontananza
Que no debe perder toda esperanza.

Triste de aquel que en este mundo vive
Y á las medias palabras no se amaña:
Por tejer este mundo se desvive.
¡Desgraciado de aquel que no es araña!
Y dichoso mil veces el que pudo
Pasar á los demás por un embudo!

Si quereis en el mundo hacer figura
Por mas que seais como una O redondo,
Usad de charla un grano y de impostura;
Y veréis que este mundo tan sabiendo,
Que tan bien ha juzgado de la gente,
De sencillo os extiende una patente.

Una conversacion luego decae
Si no hay un charlador que la sustente
Y él es quien la levanta cuando cae:
Ni hay cosa que á mí tanto me contente
Como que me encontréis, oh sexo amable,
Charlador sobre todo perdurable!

¿Quisieras que afectando seriedad,
Escribiera contra ese pasatiempo,
A fin de que me tenga esa edad
Por un filosofastro de otro tiempo,
Como supo la Grecia á su Senócrates
Por tal tener y al taciturno Arpócrates?

¡Bendígaos el Señor! ¡La cosa es rara!
Al fin me haréis decir una herejía!
¿Os parece que el serio en esta cara
Si lo pusiera yo, le sentaría?
Cayera como mitra pastoral
En las sienas de un bravo general!

Mas de uno que conmigo á pié marchaba,
A caballo se mira ó en carroza,
Y sus méritos todos los labraba
Imprimiendo la charla que reboza,
Porque así se consigue ir á las nubes.
Si callas bajas y si charlas subes.

Que el callar de cordura sea indicio,
Y que el mucho callar nos causa tedio;
Y que este sea hereditario vicio
Mujeril, es decir, que es sin remedio:
Quisiera si este día lo negase,
Que mi boca por siempre se cerrase.

Pero una niña alegre y charlatana
Que no padeció nunca hipocondría,
Charlando de la noche á la mañana,
A un ejército entero encantaría:
Sea fea ó bonita, es escuchada,
A todos gusta, y aun á mí me agrada.

¿Cómo? ¿os reis? Pues si no soy prosaico
¿Es tan raro que guste de las tales?
Iglesias las cantó, que no era laico,
Y el célebre Agustino de Gonzalez;
Y luego ¿por qué hay tanto que extrañar
De que agraden á un poeta secular?

De las doctas en fin os guarde el cielo
(Si en este siglo las doctoras caben)
Que la toga vistiendo y el capelo,
Se ponen á lucir lo que no saben;
Las mismas que ostentando sus errores,
Se creen á sus iguales superiores.

Dirán que un arquitecto era Bacon,
Puffendorf un pintor, Vattel un barco,
Y maestro de música Platon;
Que emperador de Roma era Plutarco,
Nua una dama, y que Peripatético
Un filósofo fué de secta herético.

Pero está bien de que habéis, niñas garbosas,
De la cinta, el adorno y el peinado,
De si debe tener la cofia rosas,
De si el raso será liso ó labrado,
Y queriendo pasar mas adelante,
Tambien podeis hablar de vuestro amante.

Además, opinion es de escritores,
Que aun es útil charlar y necesario;

Y sobre ello abogados y doctores
Nos dan prueba en favor y no en contrario,
Los mismos que con charlas concluyentes
Engordan á la faz de sus clientes....
Eneas naufragó en tempestad cruda,
Y si á Dido no charla su desgracia,
No le hubiera, en verdad, dado la viuda
Aquello que le dió por pura gracia....
Es decir, de beber, de manducar,
Buen lecho, y un rocín que cabalgar.

El charlatan que vende sus unguentos
Y que aturdido escucha el buen aldeano,
Este récipe, digo, obra portentos;
Compradle, que ha dejado bueno y sano
A mas de medio mundo: lo compruebo
Con millones de firmas que aquí llevo.

Compradle que en verdad muy poco cuesta:
Aquí está la receta, aquí el milagro
Que sana enfermedad la mas funesta;
Famoso para dar gordura al magro,
Para soldar tambien los miembros rotos,
Y para obrar la destruccion de cotos.

Y la emigrancia, la oftalmia, angina,
Dolor articular, hernia, cuartana,
Raquitides, diabetas, escarlatina:
Todo con este bálsamo se sana:
Quita corcobas, endereza tuertos,
Dá á ciegos vista y resucita muertos.
Y á las extravagantes palabrotas
Los vereis acorrer con ansia rara,
Engañados los fáciles idiotas
Por el lenguaje atroz de Dulcamara:
Paga cada uno lo que cree que debe,
Y el otro con su charla come y bebe.

Las estrofas trascritas han sido tomadas sin orden
alguno de diversos lugares del poema; la conclusión está
en armonía con el todo de la obra, pues elevan sus
preces á la diosa charla los devotos, los médicos, los dia-
ristas, los legistas, etc. En mas de una parte de la com-
posición resaltan el fino chiste y la oportuna sátira.

En su poesía A UNA MUJER, Irisarri ha sacado de su
lira dulcísimos acordes; en toda la composición hay un
sentimiento de simpatía y de compasión que seduce y
enternece. Era una joven hermosa, dulce é inocente:
sus días corrían apacibles y serenos; el llanto jamás
había humedecido sus párpados, hasta que en hora fu-
nesta se apareció un falso amante, y despues de hacer-
la mil juramentos de constancia y fidelidad, sedujo su
inocente corazón, y mas tarde rompió el misterioso cris-
tal de ese fanal reluciente de hermosura, de que habla Es-
pronceda en su *Estudiante de Salamanca*. Veamos algu-
nas pocas de las estrofas del poeta:

Fuiste un tiempo, triste niña,
La envidia de la hermosura,
Y en tu frente honesta y pura
Brilló el amable candor.
Y entonces, niña, ¿te acuerdas?
Los hombres te saludaban,
Y á tu oído murmuraban
Dulces palabras de amor.

Palabras que en tu inocencia
Sin comprenderlas oías,
Y tú á la vez sonreías
Quizás sin saber por qué;
Pues que tu sonrisa ingénua
En tu labio y tu megilla,
Como tu alma era sencilla,
Pura como el labio fué.

Esas palabras que ahora,
Si suenan en tus oídos,
Sueñan como ecos perdidos
De un concierto que acabó!
Te traen al pensamiento
Un recuerdo dulce y triste
De lo que en un día fuiste,
Cuando el amor te halagó.

Tus ojuelos celestiales
Eran dos diáfanos fuentes
De vívida lumbré ardientes,
Y respirando placer;
Eran de amor lenguas vivas
Que si el amor inspiraban,
Ellos solos lo ignoraban,
Sin desearlo comprender.

¡Pero que pronto perdieron
Su hermosura y su viveza!
¡Ay cuan prestó á la tibieza
Se siguió la languidez!
¡Dolorida es la mirada
Que un tiempo fuera tranquila,
Y ya el párpado destila
Llanto que quema tu tez!

Eran tus labios la imágen
De la rosa purpurina,
Que la brisa matutina
Aromática empapó,
Cuando por puertas de nácar,
Apareciendo la aurora,
Trasparentes gotas llora
Sobre el cáliz de la flor.
Si dormías, de tu sueño
Gozabas tranquilamente,
Sin que agitase tu mente

Un recuerdo de dolor;
Que tu corazón sereno
Dejaba gustar á tu alma
En suave y plácida calma
Del dulce sueño el valor.

J. M. TORRES CAIGEDO.

(Se concluirá.)

Las fiestas de Navidad en Inglaterra.

El dibujo alegórico que publicamos sobre la fiesta de
Navidad, asunto inagotable para los artistas, no nece-
sita elogios ni comentarios; semejantes composiciones
son comprendidas y admiradas por todo el mundo sin
que haya necesidad de explicar su significacion y se-
ñalar su mérito. Por eso nos limitaremos pues, á estam-
par algunas líneas sobre los dos grabados que figuran
al frente de la lámina principal y que representan dos
episodios de las fiestas de Navidad en Inglaterra.

El primero tiene por título la *Venta del acebo en las
calles*. Durante la semana de Navidad se vende acebo
en Lóndres en una cantidad fabulosa. Esa gran ciudad
se transforma completamente en esos días. Ya desde el
15 de diciembre Lóndres cambia de aspecto, y cuando
se acerca el 20, se pone tan alegre como está sombrío y
taciturno en lo demás del año. Las tiendas rivalizan en
coquetería para llamar la atención de los compradores;
todas aquellas en donde se venden comestibles ó bebi-
das se adornan cuanto pueden, ya con sus mercancías
mas seductoras, ya con ornatos extraños, y entre estos
últimos, el que se emplea generalmente es el acebo.
Los carniceros, los tocineros, los pasteleros, los tahone-
ros, etc., guarnecen el interior y el exterior de sus es-
tablecimientos con ramas de acebo; pero el mayor consu-
mo se hace en las cocinas, pues todas las cocineras de
Lóndres se hallan en la firme persuasión de que si no
colgaran á su ventana un ramo de acebo, no serian
adoradas en el año siguiente, y jamás un policeman
en busca de amor ó de carnero frío, pensaria en arrojar
una mirada afectuosa ó hambrienta en una cocina tris-
tamente desprovista de ese símbolo elocuente del amor.
Por esta razon las calles de Lóndres ofrecen ántes de
Navidad el espectáculo característico que se ve repre-
sentado en nuestro dibujo.

De Lóndres pasamos á una aldea donde vemos al res-
plandor de la luna un grupo de niños pobres cantando
villancicos á la puerta de la casa de un hombre rico.
Hace mucho tiempo que cantan en Inglaterra *christmas
carols* (cánticos de Navidad), lo que equivale á nuestros
villancicos; este uso data de los reyes anglo-sajones.
M. Brand cita en sus *Antigüedades populares* un cánti-
co anglo-normando del siglo XIII; ya en ese tiempo las
danzas se mezclaban con los cantos, como sabemos por
varias leyendas. «El año de 1012, cuenta gravemente
Guillermo de Malmesbury, quince muchachas y diez y
ocho mozos fueron á bailar y á cantar villancicos la
Nochebuena al cementerio de una iglesia, pero cantaban
y bailaban con tal estrépito, que un sacerdote llama-
do Roberto que decia la misa en aquel instante, les
suplicó que se fuesen mas léjos. Pero ellos y ellas sin
hacer caso siguieron danzando y cantando mientras el
sacerdote que habia vuelto á la iglesia, pedia á Dios que
les castigara por su desobediencia é impiedad. Sus rue-
gos fueron escuchados, y bailarines y bailarinas se vie-
ron condenados á cantar y bailar durante un año en-
tero, sin tener calor ni frío, ni hambre ni sed, ni sue-
ño y sin cansarse...»

Consérvanse en las bibliotecas varios manuscritos an-
tiguos con villancicos ingleses. El siguiente, del que
citamos dos coplillas, es del reinado de Enrique VI, y
le ha dado Ritson en sus *Cantos antiguos*. Segun el
obispo Taylor es la traduccion literal del villancico
mas antiguo que se conoce, el que los ángeles cantaron
á los pastores:

Chrysto paremus canticam, excelsis gloria.
When Chryst was born of Mary, free,
In Bethlehem, that fayre citee
Angels sang with mirth and glee
In excelsis gloria.

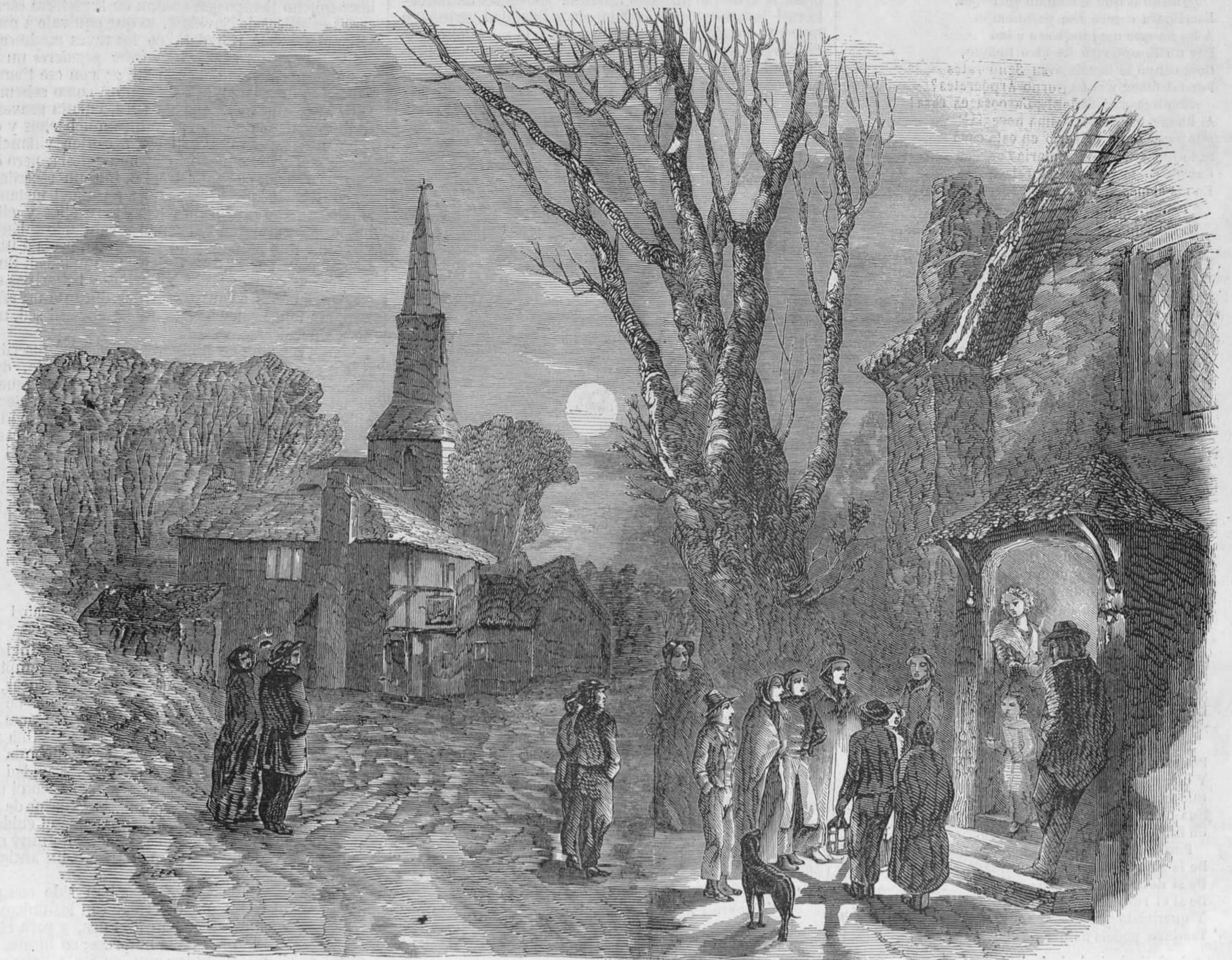
This King is coming to save mankind
Declared in Scripture as we fynde
Therefore this song song have we in mind
In excelsis gloria.

Este uso se ha perpetuado hasta el día en Inglaterra;
únicamente los antiguos *carols* han sido reemplazados
con canciones mas modernas. En ciertas aldeas, sobre
todo en el Oeste, los pobres van á las puertas de las ca-
sas ántes de que amanezca á cantar villancicos con la
esperanza de obtener algunas limosnas. — Una maña-
na, dice el autor del *Sketch book* contando una excu-
sion que habia hecho la semana de Navidad por el
Yorkshire, acababa de despertarme, cuando oí un rui-
do de pisadas menudas en la puerta exterior de la casa
donde me habian recibido. Cuando cesó el ruido unas
voces juveniles se hablaron un momento muy quedito
y luego de repente entonaron en coro un antiguo vil-
lancico.

Todos los villancicos ingleses han sido compuestos
por el pueblo. Milton y Coleridge son los únicos poetas
conocidos que hayan escrito algunos, y para esto solo
el primero salió bien en la empresa; su himno de Na-
vidad es sin comparacion uno de los villancicos mas
notables que se hayan escrito tanto por la idea como
por la forma.



Las fiestas de Navidad en Inglaterra. — Venta de acebo en las calles de Londres.



Las fiestas de Navidad en Inglaterra. — Villancicos populares cantados á las puertas de las casas en las aldeas.



GERIFALTE.

Por CÁRLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

El baron se volvió y distinguió en efecto á los perros que al acercarse á la Roca del vado se precipitaban en masa hácia el rio á pesar de los esfuerzos de los que los llevaban. Un instante despues desaparecieron entre los sauces que habia á la orilla, y principiaron á dar ladridos con un carácter de furor y de espanto.

— Veamos lo que es, exclamó el baron.

Y todos los cazadores corrieron hácia los perros, y vieron salir de repente un criado gritando:

— ¡Un cuerpo!... ¡un hombre ahogado!...

Al oír estas palabras el notario que habia llegado ya en su carruaje se levantó y saltó fuera con la presteza de un gamo:

— ¡Un cadáver! exclamó; nadie le toque, en nombre de la ley!... Llamad á los perros.

Y se precipitó hácia el sitio donde estaba el criado con el ardor particular de un funcionario público; todo el mundo se apeó y se apresuró á seguirle. A la noticia de este acontecimiento, Octavio y Bergenheim cambiaron una mirada extraña. La conmoción del último fué tan viva que pasó algun tiempo ántes de poder sacar el pié del estribo. Al fin haciendo un esfuerzo violento sobre sí mismo logró vencer su turbacion y siguió á sus compañeros con aire indiferente.

En la punta inferior de una especie de media luna abierta por la corriente en la ribera, un sauce corpulento extendia sus ramas flexibles una mitad sobre la tierra y otra sobre el agua. Los perros tenian cercado ese lugar y ladraban con furor; algunos de ellos se habian arrojado al agua por una especie de maniobra estratégica y como si intentaran otro género de ataque; pero en cuanto uno de ellos se atrevia á meterse bajo las ramas del árbol al punto se retiraba dando señales de un terror mas fuerte que ántes habia sido su cólera. Solo á fuerza de fatigazos se alejaron. Los cazadores pudieron acercarse entónces y distinguir el objeto que excitaba en tan alto grado el espanto de los animales. Como el criado habia dicho, encontrábase el cadáver de un hombre que arrastrado por la corriente habia quedado enredado por el cuello entre dos ramas del sauce que estaban á flor de agua. Sus hombros se hallaban cogidos en la arena, y se veia á descubierto toda la parte superior del busto, en tanto que las piernas libres en un lugar mas hondo seguian las ondulaciones como nadando en la superficie.

— ¡Es Lambertier! exclamó el notario apartando las ramas que impedian se viese distintamente la cabeza y reconociendo las facciones del obrero, aunque estaban lividas é hinchadas. ¿No es cierto Bergenheim, que este es el cadáver de aquel pobre diablo de Lambertier?

— Ciertamente, repitió el baron que á pesar de su firmeza no pudo ménos de volver los ojos.

— ¡Lambertier ahogado!... es espantoso... no le habria reconocido... ¡cómo se ha puesto el infeliz!... exclamaron los cazadores acercándose á examinar al muerto.

— ¡Triste manera de libertarse de las garras de la justicia, exclamó el notario con tono filosófico.

Bergenheim que en medio de los violentos esfuerzos que habia para contener su emocion conservaba la extraña lucidez de espíritu que á menudo inspira el peligro, aprovechó el sentido de esta frase para aclararla á su manera.

— Habrá querido pasar para escaparse, dijo, y en su agitacion no habrá acertado á vadear el rio y se habrá ahogado.

El fiscal, amigo del notario, que hasta ahora no habia dicho una palabra, meneó la cabeza con aire de duda.

— Esto no es probable, exclamó; conozco bien los sitios; si hubiese tratado de pasar el rio un poco mas abajo del vado, lo que importa poco, la corriente le habria llevado hácia la pequeña bahía que está mas allá de la roca y no aquí; es evidente que ha debido ahogarse ó ser ahogado mas abajo. Y digo ser ahogado porque observo que tiene una herida en la parte izquierda de la frente como si hubiera recibido un golpe violento; ahora bien, si se hubiese ahogado accidentalmente por querer pasar el rio no estaria herido de ese modo.

Esta observacion muy justa dejó mudo al baron; miéntras todos los presentes se perdian en conjeturas para explicarse aquella desgracia, él permanecía inmóvil con los ojos fijos en el agua evitando el cadáver cuyo aspecto helaba la sangre en su corazon. El fiscal habia sacado de su bolsa de caza un tintero, una pluma y papel, armas de su estado que siempre llevaba consigo por una precaucion cuya oportunidad se hallaba justificada en aquel instante.

— Señores, dijo sentándose en una rama horizontal del árbol enfrente del ahogado, pido la asistencia de dos personas para extender mi testimonio; si algun otro tiene algo que declarar sobre el asunto que nos ocupa, le suplico se quede y me dé sus informaciones.

Nadie se movió, pero Gerifalte lanzó al baron una mirada tan significativa que este volvió los ojos á otro lado.

— Por lo demás, señores, repuso el magistrado, os suplico no renunciéis por esto á los placeres de la caza. Este espectáculo no tiene nada de agradable y os juro que si mi deber no me obligara á estar aquí seria el primero que marchara. Barón, me haréis el favor de en-

viarme dos hombres y unas angarillas para llevar el cuerpo á una de vuestras granjas, á fin de no asustar á las señoras del palacio.

— El fiscal tiene razon, dijo Bergenheim, libre de una ansiedad espantosa con aquellas palabras; por prudencia no se habria atrevido á proponer á los cazadores que prosiguieran su marcha, y el tormento que sufría delante de su víctima le era cada vez mas intolerable. — Vamos andando, señores; el espectáculo es horrible, vamos á distraernos con la caza.

Todos los cazadores obedecieron excepto dos que se quedaron con el magistrado, y en breve la partida caminó al monte con mas rapidez que ántes, pues hombres, caballos y perros parecian igualmente deseosos de apartarse de aquella escena de muerte. En todo el resto del camino la conversacion se resintió de la emocion penosa que cada cual habia experimentado; pero cuando llegaron al punto de reunion, donde esperaban ya los ojeadores, las noticias del hombre que habia explorado el bosque por la mañana, cambiaron el curso de las ideas. Todos los rostros se alegraron al saber que tenia acorralado un jabalí.

Despues de una deliberacion presidida por el notario, los ojeadores y los perros salieron en silencio, para rodear el sitio donde el animal estaba encerrado, y al mismo tiempo los cazadores se dirigieron por el lado opuesto para ir á tomar sus posiciones, y llegaron á la zanja en donde debian colocarse. A medida que adelantaban, de distancia en distancia se destacaba del grupo uno de ellos, y permanecía inmóvil y silencioso como un centinela de avanzada. Como esta maniobra disminuía el grupo á cada instante, pronto se vió reducido á tres personas.

— Deteneos aquí, dijo el baron al notario cuando llegaron á unos sesenta pasos del último cazador apostado.

El notario conocia muy bien el terreno, y no se dió por satisfecho con ocupar el puesto que le señalaban.

— Señor baron, respondió con presteza, estais en vuestros dominios, y al ménos deberiais hacer los honores de vuestro monte, y dejarnos elegir nuestros puestos. Os quereis apostar á la orilla, porque por ahí desemboca siempre el animal, pero amigo mio, serémos dos, porque yo voy tambien.

Esta determinacion incomodó á Bergenheim, porque podia hacer fracasar el plan tan prudentemente combinado.

— Quiero poner ahí á nuestro amigo Gerifalte, dijo inclinándose al oído del notario; deseo proporcionarle la ocasion de tirar; un jabalí mas ó ménos poco puede importar á un cazador de vuestro mérito.

— Enhorabuena, como gustéis, repuso el notario pegando en el suelo con la culata de su escopeta, y se puso á silbar para disipar su mal humor.

Cuando los dos adversarios se quedaron solos el uno junto al otro, la expresion de la fisonomía de Bergenheim cambió de repente; el aire risueño que acababa de tomar para convencer al viejo cazador, fué reemplazado con una gravedad sombría.

— Teneis bien presente lo convenido, exclamó miéntras seguian andando; apostaríais á que el jabalí viene por vuestra parte. En el momento oportuno yo gritaré: ¡Cuidado! y esperaré vuestro fuego, pero si alcabo de veinte segundos no habeis disparado, os prevengo que yo tiraré.

— Está bien, caballero, respondió Gerifalte mirándole fijamente; sin duda tambien recordaréis vos mis palabras; el descubrimiento de ese cadáver debe darlas mas peso aun. El fiscal principia ahora la causa, pensad que de mí depende completarla. La declaracion de que os hablé se halla en manos de una persona segura y que la presentará si es necesario.

— Esa persona es Marillac ¿no es cierto? repuso el baron con voz sorda, es vuestro amigo; pero esta vez le habeis confiado un secreto fatal; si quedo vivo, tendré que comprar tambien su silencio; ¡que toda cuanta sangre se derrame recaiga sobre vuestra cabeza!

El amante se inclinó sin responder anonadado con el peso de esta responsabilidad terrible.

— Este es mi puesto, dijo el baron deteniéndose junto al tronco cortado de que habló, y allí está el árbol á cuyo abrigo debeis ponerlos.

Gerifalte se detuvo y exclamó con acento conmovido: — Caballero, uno de nosotros no saldrá vivo de este monte. En presencia de la muerte se dice la verdad: deseo por vuestro reposo y el mio que deis crédito á mis palabras. Os juro por mi honor que Clemencia está inocente.

Y saludando al baron se alejó sin esperar su respuesta. Un momento despues estaba inmóvil bajo el árbol que le habian señalado.

Los cazadores estaban en sus puestos respectivos. Durante algunos minutos, el silencio mas profundo reinó en toda la línea de la zanja y en las profundidades del bosque. El soplo del viento en la enramada, el canto de algunos pájaros y de tiempo en tiempo el chasquido de una rama seca, eran los únicos ruidos que resonaban. Hay una conmoción muy viva en los minutos que preceden al ataque en una caza; todos los ojos fijan en los matorrales miradas ávidas, todos los oídos escuchan con una atencion mezclada de ansiedad, no hay corazon que no experimente un estremecimiento á los primeros ladridos de los perros, el hombre mas sereno estrecha su escopeta con energía y el mas apático desea ser el cazador favorecido por la suerte.

Esta vez el principio de la caza produjo su efecto acostumbrado. Un estremecimiento eléctrico recorrió la línea de los tiradores en el momento en que los perros comenzaron á lo léjos sus ladridos. Cada cual arrojó á

sus yecinos una mirada que recomendaba una atencion vigilante y dispuso la escopeta para tirar. Poco á poco se acercaban los ladridos. Los mozos que cruzaban el monte con sus palos para hacer salir fuera al animal, gritaban tambien, y á cada instante ese ruido general se acercaba y parecia concentrarse. Era evidente que el cordon de los ojeadores se cerraba mas y mas encarcelando el jabalí en un recinto cada vez mas estrecho, que pronto no le dejaria mas que una salida sobre la línea de los tiradores donde seguia reinando el silencio mas completo.

Léjos de los demás cazadores, Bergenheim y Gerifalte se hallaban de pié en sus puestos respectivos mirándose atentamente. La zanja tenia bastante anchura para que no les incomodaran las ramas de los árboles; á la distancia de los sesenta pasos que los separaban, cada uno de ellos distinguía á su adversario inmóvil como una estatua bajo una bóveda de verdura.

De repente los ladridos de la jauría fueron cubiertos por un tiro que resonó allí cerca; algunos instantes despues se oyeron dos chasquidos mas débiles, seguidos de una imprecacion del notario cuyos pistones se habian quemado sin salir la carga. El baron que se habia bajado para ver mejor en los matorrales, se levantó haciendo un ademán para advertir á Octavio que podia prepararse, y enseguida se volvió á quedar inmóvil un poco de lado, con la escopeta en la mano derecha y vuelta hácia fuera de modo que toda la anchura del doble cañon formase una línea perpendicular protectora desde lo alto de la cabeza hasta la mitad del muslo.

Una extremada indecision pudo notarse entónces en la actitud de Gerifalte. Despues de haber tomado su escopeta, la volvió á echar al suelo con abatimiento como si la resolucion de disparar le hubiese abandonado súbitamente; una palidez mortal cubrió su rostro.

Los aullidos de los perros y de los ojeadores resonaban con una energía salvaje, y á este ruido vino á mezclarse en breve un gruñido sordo acompañado de un gran chasquido de ramas enfrente de los dos adversarios. Parecia que todo el monte temblaba.

— ¡Cuidado! gritó Bergenheim con voz firme.

En el mismo instante un jabalí enorme salió de entre las matas y se oyó un tiro. Cuando Gerifalte miró por entre el humo de su escopeta al fondo de la zanja, la encontró vacía; el jabalí despues de haber atravesado la línea, corria como una centella dejando en pos de sí un surco de ramas destrozadas y Bergenheim estaba tendido detrás del tronco cortado sobre el cual habian saltado ya anchas gotas de sangre.

XXVI.

Aquella mañana el salon de los retratos era teatro de una apacible escena de interior muy parecida á la que hemos descrito al principio de esta historia.

La señorita de Corandeuil sentada en su inmenso sillón leia los periódicos recién llegados; Alina estudiaba una leccion de piano y Clemencia bordaba junto á un balcón. La actitud serena de aquellas tres mujeres, el interés con que parecia entregarse cada cual á la ocupacion que habia elegido, habrian podido hacer creer que una paz igual reinaba en aquellos contornos. Desde que se levantó, Clemencia no habia cambiado nada en sus costumbres; su boca hallaba palabras amables para contestar cuando la dirigian la palabra, y el abatimiento de su persona podia pasar por el estado melancólico en que se la veia muchas veces.

Y sin embargo, una fiebre activa como el veneno circulaba por sus venas y disolvía uno por uno todos los principios de la existencia. En aquel momento el hombre á quien pertenecía ó el hombre á quien amaba iba á morir; cualquiera que fuese su viudez sentia que su luto seria cortó; la vida despues de esa catástrofe era totalmente imposible para ella.

Hacia un rato que las tres mujeres guardaban silencio; los sonidos del piano eran el único ruido que se oia, y pronto cesó tambien ese ruido. Cansada de estudiar, Alina se levantó de repente y se acercó al balcón junto al cual se hallaba Clemencia. Las dos mujeres apenas se habian hablado en los últimos dias, y la niña cuyo buen corazon la hacia deplorar esta violencia, deseaba entrar de nuevo en buenas relaciones, y como la señora de Bergenheim la parecia poco dispuesta á dar el primer paso, buscó un motivo para entablar conversacion. Miéntras repetia maquinalmente con los dedos sobre los cristales su leccion de piano, sus ojos erraban vagamente por las colinas cubiertas de monte que se extendian al otro lado del rio, y allí acabó por encontrar la palabra que buscaba.

— ¡Qué humo se ve sobre la roca de Montigny! exclamó con asombro; se diria que han prendido fuego á los árboles.

La señora de Bergenheim alzó los ojos, se estremeció al descubrir la columna de humo que se destacaba sobre el azul del cielo al frente de la meseta y dejó caer otra vez su cabeza sobre el pecho.

Al oír las palabras de Alina, la señorita de Corandeuil habia interrumpido su lectura para volver gravemente la cabeza hácia los balcones.

— Son los pastores, exclamó, que habrán hecho una hoguera en los matorrales á riesgo de incendiar los bosques. No sé, no sé en que piensa tu marido, se lleva á todo el mundo á la caza sin dejar siquiera un guarda en sus posesiones.

Clemencia nada respondió, y Alina que se prometia dijera alguna cosa para entablar conversacion, se volvió al piano con enfado.

— Déjanos hoy en paz, exclamó la señorita de Co-

randeuil á las primeras notas; bastante nos has roto ya la cabeza, mas valdría que fueras á estudiar la historia de Francia.

Alina cerró el piano de muy mal humor, pero en vez de seguir este último consejo permaneció sentada con el aire sombrío de una jóven que está castigada en medio de la escuela. El silencio volvió á reinar durante algunos instantes. La señora de Bergenheim habia dejado caer su labor sin notarla. De tiempo en tiempo un estremecimiento como el que causa el frío agitaba sus hombros, y sus ojos se alzaban para mirar con una especie de extravío la columna de humo que se elevaba sobre la roca de Montigny.

— En verdad, dijo la señorita de Corandeuil dejando el periódico sobre sus rodillas, desde la revolucion de julio las buenas costumbres hacen progresos admirables. Ayer hablaba el diario de una mujer que se deja robar por su amante, y hoy cuenta la historia de otra que envenena su marido y luego se suicida. Si fuera yo supersticiosa, diría que este es el fin del mundo; ¿qué piensas de tales atrocidades, Clemencia?

La jóven alzó la cabeza y contestó con una voz sombría:

— Pienso que se la debe perdonar puesto que ha muerto.

— Indulgente estás, repuso la tia; yo creo que semejantes monstruos deberian morir en la hoguera.

— Mas á menudo hablan los periódicos de maridos que matan á sus mujeres, que de mujeres que matan á sus maridos, observó Alina con el espíritu de corporación peculiar del bello sexo.

— No es conveniente que tú te ocupes de tales horrores, exclamó la señorita de Corandeuil con severidad; ahí tenemos los frutos de la moral del siglo; son las infamias que se ven en los teatros y se leen en las novelas que no pueden ménos de producir su efecto. Cuando se piensa en la buena educacion que se da á la juventud actual, hay motivos para estremecerse.

— ¡Oh! mi querida tia, podeis estar segura de que nunca haré yo morir á mi marido, respondió la jóven á quien parecia mas particularmente destinada esta última observacion.

Un gemido ahogado que no pudo reprimir la señora de Bergenheim llamó la atención de las otras dos mujeres.

— ¿Qué tienes? preguntó la señorita de Corandeuil que entónces llegó á notar el abatimiento de su sobrina y la expresion extraviada de sus ojos.

— Nada... murmuró esta; es el calor del salon.

Alina abrió con presteza una de las vidrieras y fué á tomar las manos de Clemencia.

— Tienes calentura, la dijo, tus manos abrasan, tu frente tambien...

Un grito espantoso que lanzó la señora de Bergenheim hizo retroceder á la jóven Alina.

— ¡Clemencia! ¡Clemencia! exclamó la señorita de Corandeuil creyendo que su sobrina se volvia loca.

— ¿No habeis oido? dijo esta con un acento imposible de describir.

Y se lanzó de repente hácia la puerta de la sala, pero en vez de abrirla aplicó el oido y luego retrocedió y principió á dar vueltas por el cuarto con una especie de delirio, hasta que cayó de rodillas delante del sofá, hundiendo su cabeza entre los almohadones.

Esta escena habia hecho llegar al colmo el estupor en las otras dos mujeres. Un rumor que venia del patio se oyó distintamente cuando abrieron la puerta, y un momento despues un grito penetrante cubrió este murmullo confuso; Alina pálida como la cera se precipitó sobre Clemencia y la estrechaba entre sus brazos con una energía convulsiva.

Clemencia levantó la cabeza, puso sus manos sobre los hombros de Alina para separarla, y mirándola con unos ojos que querian saltar de sus órbitas la preguntó:

— ¿Quién es? ¿quién es?...

— ¡Mi hermano!... ¡mi hermano cubierto de sangre!... contestó Alina.

La señora de Bergenheim la rechazó con fuerza y volvió á dejarse caer sobre el sofá; al pronto experimentó como una alegría horrible porque no habia oido pronunciar el nombre de Octavio, pero despues quiso ahogarse apretando contra su boca el almohadon en que habia echado la cabeza.

Un ruido de voces y de pasos se oyó en el vestíbulo, en medio de una gran confusion que parecia reinar entre las personas que llegaban. Al cabo entraron en el salon una porcion de personas á cuya cabeza iba el notario cuyo rostro rubicundo ordinariamente habia perdido todos sus colores.

— No os asustéis, exclamó con una voz conmovida, no os asustéis, es una desgracia sin ningun peligro; — el baron ha sido herido en la caza, continuó mas bajo dirigiéndose á la señorita de Corandeuil, no sé donde llevarle.

(Se concluirá.)

La inocencia.

Corre manso y suave
Arroyo cristalino,
Espejo solitario
Entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,
Y tan puro y tan tímido,
Como el alma inocente
Del inocente niño.

Tus márgenes fecundas
A tu influjo benigno
Coronadas se ostentan
De pomposos jacintos;

Dobléganse los tallos
Trémulos, indecisos,
Y en tu corriente flotan
Capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,
Entrelazados mirtos,
Cándidas azucenas
Y violetas y lirios

Sobre el borde asomados
De tu raudal tranquilo,
Tu corriente matizan
De colores distintos.

El aura de quien eres
Amado y bendecido,
Te besa, y al besarte
Se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas
Dan á sus plumas brillo;
Solicitas las beben
Para endulzar sus trinos.

Murmura el manso arroyo.
¿Qué poderoso filtro
Te da tanta pureza,
Te da tantos hechizos?

Así Lálage un dia,
La de mirar divino,
La de la tez de rosa,
La de los blandos rizos,

Siguiendo del arroyo
Los caprichosos giros,
Le hablaba y le decia
Con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce,
Como es dulce un suspiro,
Gimiendo entre la espuma
— « Es la inocencia » dijo.

Y desde entónces Lálage,
Con afan infinito,
Baña sus labios puros
En el raudal tranquilo.

Las azucenas.

Un cefirillo jóven,
Fresco y donoso.
Quejábbase una tarde
Triste y lloroso.

Toda su pena
Era el estar prendado
De una azucena.

Llevábale en sus alas
Perlas del rio,
Deliciosos murmullos,
Fresco rocío.

A tantos bienes
La ingrata respondia
Solo desdenes.

El, ciego de cariño,
Por ablandarla,
Por si rendirla puede,
Quiso cantarla;

Y en dulce acento
Suspiró de este modo
Su sentimiento.

— « Tu pálida belleza
Blanca y querida,
Es, azucena hermosa,
Luz de mi vida;

Pero me mata
Esa misma hermosura,
Si eres ingrata. »

Oyendo en dulce acento
Tales congojas,
Abrió tímidamente
La flor sus hojas;

Y á verlo alcanza
Puro como los sueños
De la esperanza.

Dióle su amor al punto;
Y en su hermosura
Halló el céfiro amante
De gracia pura
Tanta riqueza,
Que fué el amor de entrambos
Todo pureza.

Y por eso en sus trinos
Siempre suaves,
Por los tendidos prados
Cantan las aves:

— « De aromas llenas,
Son las flores mas puras
Las azucenas. »

Misterios del amor.

I.

El ángel de mis ensueños,
La virgen que adora el alma
Tiene los ojos azules,
Tiene las mejillas pálidas.

Y apénas tímida y pura
Asoma en Oriente el alba
Bajo los sauces del rio
Llega, suspira y me aguarda.

Mira impaciente hácia el bosque
Si gimen en él las auras,
Torna á mirar la ribera
Si en ella murmura el agua.

Y cuando mi voz de léjos
Siente que ansiosa la llama,
Fingiéndose esquivar, los ojos
Como indiferente aparta.

II.

El encanto de mis ojos,
La virgen que adora el alma,
La de los blondos cabellos
La de la sonrisa cándida;

Cuando en la siesta tranquila
El sol su fuego derrama,
Llega á la sombra apacible
Que dan al soto las palmas.

Con tierna inquietud escucha
Si gime el viento en las ramas,
Llena de amor se estremece
Si tiernas las aves cantan.

Y al sentir cerca mis pasos
Que por la luna resbalan,
El talle gentil reclina
Sobre la menuda grama;

Y fingiendo dulce sueño,
Que mal oculta sus ansias,
Vela el azul de sus ojos
Con los párpados de nacar.

III.

La dulce luz de mi vida,
La virgen que adora el alma
Ciñe de rosas su frente,
Viste de amor sus palabras.

Apénas la tarde expira
Sobre las cumbres lejanas,
Al pié del álamo blanco
Llega, suspira y me aguarda.

Escucha, si el eco vago
Murmura voces extrañas,
Mira, si en la sombra inquieta
Dobla sus tallos la malva.

Y alzando al cielo los ojos
Reza, suspira y aguarda;
Que su inquietud es de celos,
Y de amor es su esperanza.

Cada murmullo la agita,
Cada suspiro la calma;
Y con triste desaliento
Murmura al fin: « ¿ Cuánto tarda! »

Oculto yo entre los ramos
De las vecinas acacias,
Rompiendo el manto de hojas
Pongo término á sus ansias.

Al verme la faz inclina,
Tiembla, quiere hablar y calla;
Y de sus hermosos ojos
Brotan á un tiempo dos lágrimas.

Asoma entónces la luna,
Gime el céfiro en las aguas;
Y entre mis brazos sonrie
La virgen que adora el alma.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Vidriera del palacio llamado la Viña-Real, cerca de Dresde.

Cuando se emprende un viaje por la Alemania, aun sobre las orillas del Rhin tan conocidas ya, es raro que no se llegue á Dresde, ciudad encantadora, con bonitas campiñas en su derredor y que es á la vez el centro del cuerpo germánico y del lenguaje alemán mas puro. Regularmente que se vaya de Francia, de Inglaterra y hasta de Italia, una vez atravesado el Rhin, el viajero llega á Dresde por Francfort ó Leipzig, y sin embargo, no es este el camino mas interesante: vale mas saliendo de Viena, llegar á Dresde por Praga, y así mientras se anda el camino, se atraviesa primeramente el majestuoso Danubio, y luego la curiosa Bohemia con su célebre capital, esa poblacion antigua y nueva á la vez, que reúne los caracteres y las costumbres de dos épocas.

El viaje de Praga á Dresde se hace en un dia, y la jornada parece corta aun á los mas impacientes. A una hora de la ciudad el viajero se embarca sobre el Moldau, que pronto desemboca en el Elba, y suavemente mecido sobre el cauce transparente, admira uno de los países mas encantadores y pintorescos que puedan encontrarse, la Suiza sajona. Al pasar se descubren antiguos monasterios que en los puntos donde se hallan construidos, dominan asombrosos panoramas, y se ven tambien antiguos castillos-fuertes edificados sobre crestas de rocas, como verbigracia, la famosa Fortaleza-Virgen de Königstein, y casas de recreo modernas entre las cuales descuella la residencia real de Pillnitz donde se firmó en 1791 el primer tratado de coalicion contra la Francia. Un poco mas allá de Pillnitz y ántes de la fonda de Finckletter, tan celebrada por los habitantes de Dresde, cuando se distingue esta ciudad agrupada sobre la orilla izquierda del Elba, se descubre otro palacio de recreo llamado la Viña-Real. En muchas partes de la Alemania la palabra *viña* equivale á la *villa* de los italianos y significa una casa de campo. Es pues la *villa* del rey de Sajonia y merece por cierto ese nombre de *Vigne* si se tiene en cuenta que esas colinas de la orilla derecha del Elba, expuestas al Mediodía, alimentan los primeros viñedos que se hallan yendo del Norte de la Europa. Hasta allí ni el cielo ni la tierra permiten el cultivo del precioso arbusto de Noé.

En la capilla de la Viña-Real se encuentra la hermosa vidriera cuyo dibujo reproducimos. Su autor, M. Julius Hubner, es uno de los pintores mas conocidos de la escuela de Dusseldorf. Nacido en 1803 en Oels (Alta Silesia), M. Julius Hubner hizo sus primeros estudios de artista en la academia de Berlin, y acompañó á M. Wilhelm Schadow á Dusseldorf cuando este sucedió á Cornelius en la direccion de la Academia de pintura que era ya una de las glorias de aquella ciudad. El cuadro del *Joven Pescador*, asunto tomado de la balada de Goethe, pertenece á esa época de la vida de M. Hubner; notable por su invencion graciosa y por la firmeza del dibujo llamó desde luego la atencion de los inteligentes. El largo tiempo que M. Julius Hubner permaneció en Italia con sus émulos Hildebrandt, Sohn y Bendemann, ejerció la mejor influencia en el desarrollo de su talento, influencia que por estos artistas debia extenderse despues á toda la escuela de Dusseldorf. Inspirados por el ejemplo de las grandes obras de la Italia, abandonaron aquel colorido sombrío y negro que hasta entónces habia dominado en sus cuadros como una moda funesta, para buscar la frescura y la verdad de la naturaleza. La Alemania entera aplaudió los felices cambios que operó en el colorido la escuela de Dusseldorf. A su vuelta de Italia, M. Julius Hubner, se consagró completamente á

los asuntos místicos, y el *Cristo en medio de los cuatro evangelistas* (altar mayor de la iglesia de Meseritz) el

Job entre sus amigos, el *Sanson destruyendo el templo de los filisteos* (ántes en la galería real de Buenavista de Berlin), le dieron mucho renombre entre los pintores de Dusseldorf, donde era ya profesor de dibujo en la Academia. Cuando su hermano político, M. Bendemann fué llamado por el rey de Sajonia, para dirigir la academia de Dresde, esto es, para dar una nueva vida á esa institucion en decadencia, M. Hubner le acompañó y fué nombrado tambien profesor en la misma academia. Prueban su grande actividad, los muchos cuadros sagrados que pintó para las iglesias de Halle, Meissen y Dornitz; sus cuadritos pequeños sobre algunas leyendas románticas, como la *Hermosa Melusina* y el *emperador Octavio*; y por último una porcion de retratos, obras ejecutadas todas en el seno de la enseñanza. No es posible decir que excepto los retratos, todos esos trabajos llenaron las esperanzas que hicieron concebir sus primeros cuadros, sobre todo el *Job* que es su obra maestra, mas sin embargo, se recomiendan al ménos por un gusto seguro y un gran conocimiento de los medios técnicos del arte. El talento de M. Hubner se distingue no tanto por el vigor de la invencion ó la grandeza del estilo, como por la mucha reflexion y el sentimiento de nobleza que se admira en la ejecucion de los asuntos. Como todos los pintores alemanes cae en la exajeracion y en el exceso cuando quiere manifestar movimientos fuertes y apasionados, en tanto que sabe dar una expresion verdadera á los sentimientos serios y frios. M. Julius Hubner se distingue principalmente en la enseñanza.

Una de sus mejores obras y muy propia de su talento artístico, es el carton que pintó para una vidriera de la capilla del palacio de la Viña-Real. Haciendo alusion al nombre de esa residencia eligió por asunto la parábola de los trabajadores en la viña del Señor. En medio de la vidriera está Jesucristo con la mano apoyada en una cepa cuyas ramas se extienden por toda la composicion. A la derecha y á la izquierda de Jesus, están María y san Juan Bautista en adoracion. Quizá podria decirse que la Madre de Dios no tiene bastante aspecto de mujer; sin su larga cabellera pareceria el joven discípulo muy amado, y Jesus á primera vista parece acompañado de los dos santos Juanes. Las pinturas inferiores representan á la izquierda, los trabajadores en la viña, entre los cuales se encuentra, por orden del rey, el retrato de su consejero Minkwitz, que ejerce una especie de subintendencia de bellas artes en Sajonia; en medio está el lagar con trabajadores de todas edades (aquí los tres niños son los retratos de los príncipes Alberto, Ernesto y Jorge, sobrinos del rey); y por último, á la derecha se ve la conclusion de la parábola; el amo pagando un salario igual á los trabajadores de su viña. Grupos de ángeles ocupan la parte superior de esos pequeños cuadros, desplegando á sus piés esta inscripcion bíblica: « Trabajad en tanto que es de dia y dad gracias al Señor, pues su bondad es eterna. » En los medallones altos de la vidriera hay otros ángeles con las armas del rey y de la reina de Sajonia. Este carton de M. Julius Hubner fué copiado en vidrios de colores en Meissen, con sumo acierto. Esta obra merece que visiten la capilla de la Viña-Real los muchos curiosos que admiran cada dia en la magnífica iglesia de Dresde la *Madona* de San Sixto, la *Noche del Correcio*, el *Cristo alla moneta* del Ticiano, la *Virgen* de Holbein, y otras cien obras maestras de todas las escuelas que hacen de esa ciudad un objeto de curiosidad y de estudios para los viajeros y los artistas.

P. M.



Vidriera ejecutada en el palacio la Viña-Real en Dresde, por Hubner.

Revista de la industria. — FABRICACION DE ARTÍCULOS DE PERFUMERÍA.

Una de las industrias más importantes de la Francia es la que tiene por objeto la fabricación de artículos de perfumería; Grasse y París son los dos centros principales. En Grasse se extraen de las flores y de las plantas aromáticas que crecen en el departamento del Var, las esencias que sirven después de materias primeras con las cuales la fabricación parisiense confecciona perfumes, cosméticos, pomadas, jabones de tocador, coloretes, polvos para los dientes, etc.

La información hecha en 1847-1848 por el tribunal de comercio, da algunas noticias de estadística bastante interesantes sobre la fabricación de la perfumería en París.

En aquella época los jefes de establecimientos dedicados á esa industria propiamente dicha eran más de 100, y negociaban por un valor de 9.741,853 fr. que equivale aproximadamente á unos 88,500 fr. por casa.

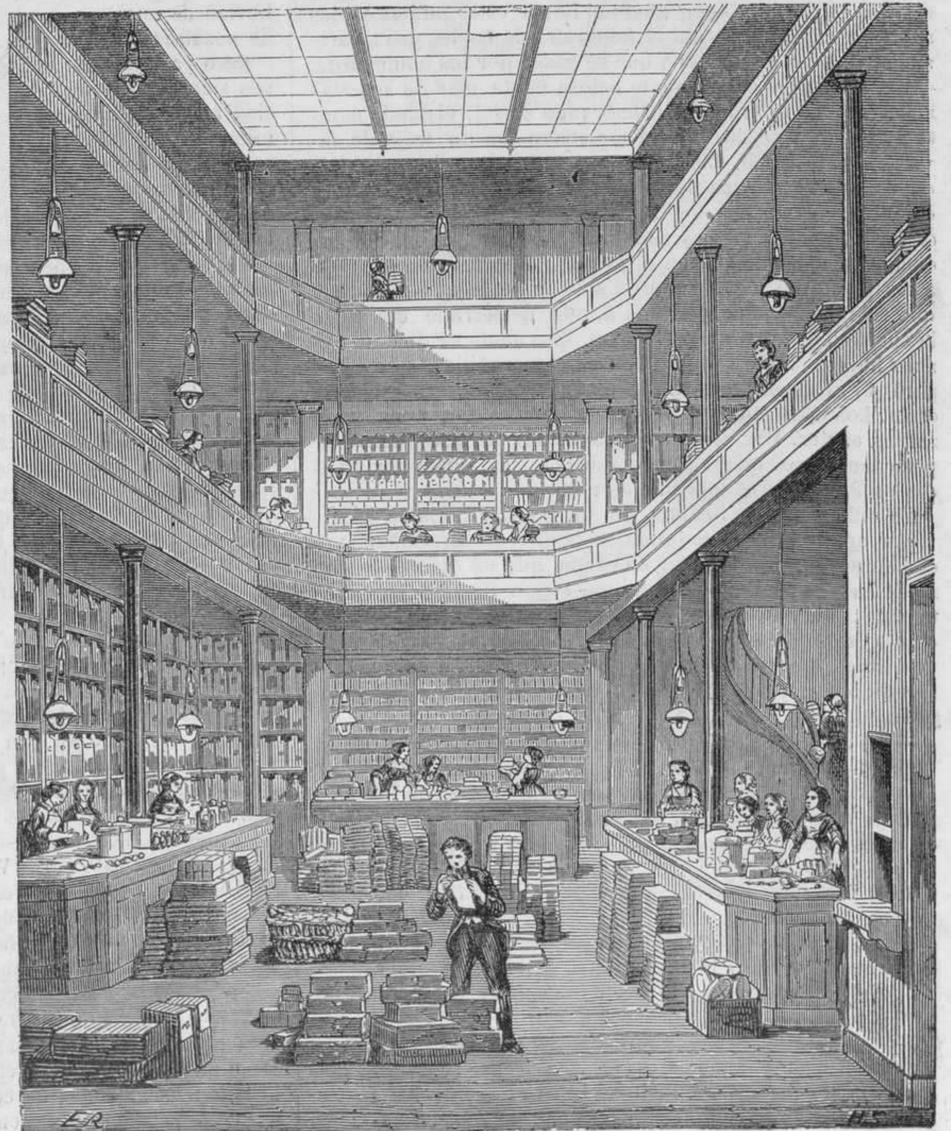
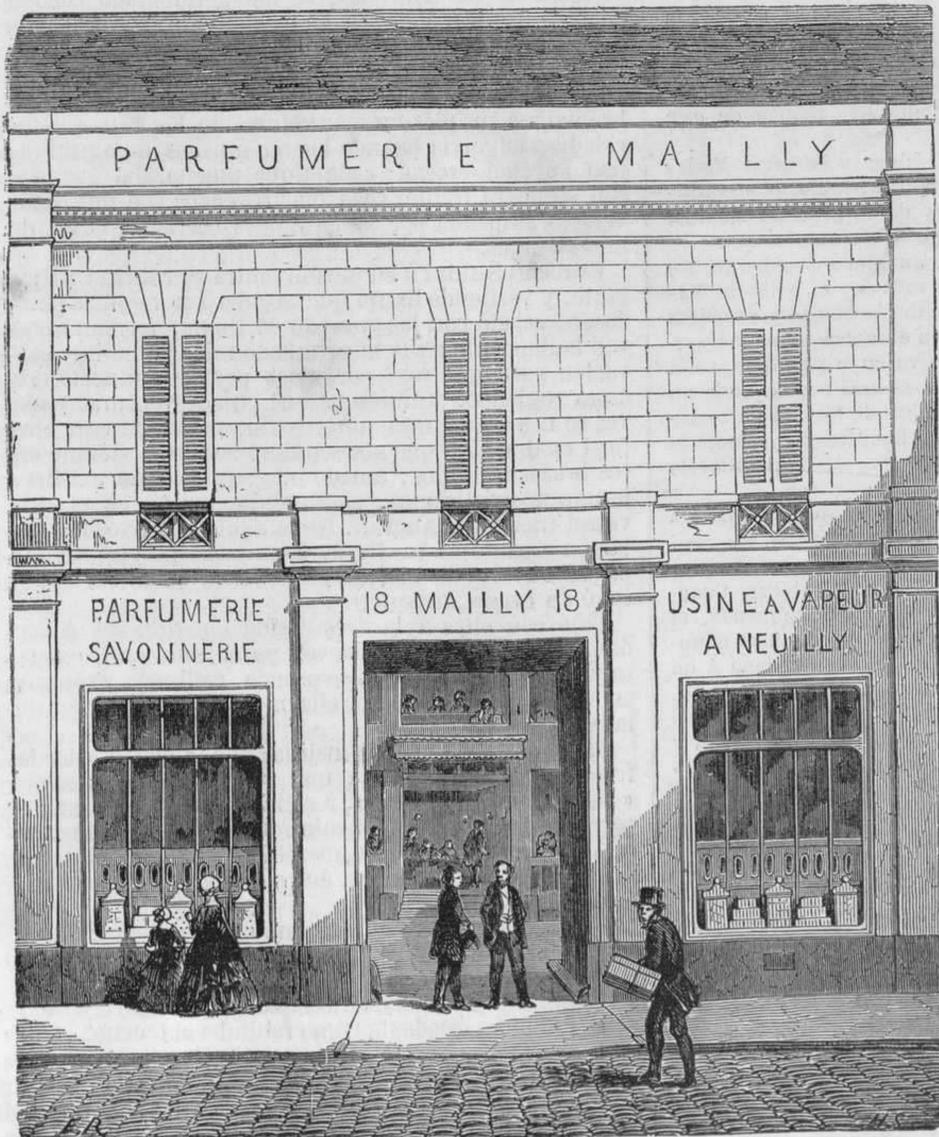
El 6º distrito es el foco principal de esta industria que emplea unos 800 obreros que ganan estos jornales: los hombres de 3 á 10 fr. diarios, ó sea por término medio 3 fr. 25; las mujeres de 75 céntimos á 3 fr., ó sea por término medio 1 fr. 90 y los chicos de 1 fr. á 2 fr. En esta clase los trabajadores tienen instrucción; 93 hombres y 90 mujeres de 100 saben leer y escribir, y la mayor parte tienen casa puesta.



Fabricación de artículos de perfumería en el establecimiento de la casa Mailly en Neuilly.

Desde aquel tiempo la fabricación de la perfumería lejos de disminuir ha llegado á tomar por el contrario, una extensión tan considerable que el cuadro general del comercio de 1855 levantado por la dirección de aduanas, eleva el peso solo de su exportación á 1.824.252 kilogramos, que calculados á 6 fr. producen un valor

numerario de 10.945,512 fr. — Tan brillantes resultados se deben en gran parte á la fabricación parisiense reunida hoy en manos de nuestros grandes industriales, y cuyos almacenes de París se alimentan con los productos de fábricas importantes situadas fuera de la capital, por causa de los derechos de puertas que son



Establecimiento y depósito de muestras de la perfumería Mailly, en París, calle de Enghien.

cada vez mas crecidos. Algunos de esos establecimientos destinan con particularidad sus productos al consumo interior; otros se ocupan casi exclusivamente de la exportacion. En esta última categoría figura la casa *Maily*, cuya reputacion extendida hace años en Francia y en el extranjero, se explica fácilmente cuando se ha visitado la fábrica importantísima que ha fundado en Neuilly y los vastos almacenes de la calle de Enghien en París donde recibe en depósito las muestras de sus productos.

En ese establecimiento se hallan reunidos además de los aparatos de destilacion, una porcion de procedimientos mecánicos puestos en movimiento por una fuerza de 13 caballos de vapor que funden, amasan, aprietan, muelen, pesan y cortan mas de 4,000 pilones de jabon por día, cantidad considerable que ha valido á M. Maily el honor de obtener el primero la prima de salida por la exportacion mayor de jabones. 130 obreros no solo cuidan de todas las operaciones de la fabricacion de la perfumería sino que ejecutan tambien todas las obras de ebanistería, cerrajería, pintura, etc., aplicadas á la hechura de cajas, cofrecillos y neceseres destinados á contener y transportar los surtidos de esa produccion múltiple. Esa parte accesoria es de un gran interés para la fabricacion francesa, afamada por su esmero en revestir su perfumería de un modo agradable á la vista. Este accesorio tiene tanta importancia que la casa Maily gasta 100,000 fr. de los 900,000 que constituyen la cifra total de sus negocios, en impresiones, estampados, satinado y dorado de las cubiertas que envuelven sus productos, si bien es verdad que éstos podrian prescindir de tales adornos, recomendables como son siempre por la buena eleccion de las materias empleadas en su confeccion, y por la excelencia de sus preparaciones que hacen figurar á este establecimiento en la primera línea de la grande perfumería.

Revista de la Moda.

SUMARIO.—Aspecto de los elegantes en el invierno.—De como se viste la elegancia ociosa.—Pedidos extraordinarios de zorros azules.— Los zorros se imitan así como los negros.— Nuevo método para tener un negro por criado.— Las amazonas se visten á la rusa.— Un baile de beneficencia en la Opera.— Trajes de fantasia criticados por los fracs negros.—La botonadura del chaleco del conde de B....—Las chaquetillas de seda.—Semejanza de la nueva Madame de Girardin con Maria Antonieta.—El baile de Madame R. de B.—De como trabaja M. Thiers.—Descripcion del figurin de modas.

Los trajes masculinos no presentan los mil y mil aspectos elegantes de la moda femenina. En cuanto hace frio el dandy se envuelve de piés á cabeza y hace una figurita muy graciosa: para abrigar sus manos las mete en los bolsillos de su Raglan ó de su esclavina con su baston que se queda derecho y le llega al hombro izquierdo, y para resguardar su cuello y su rostro se pone un tapa-bocas ó un plaid que da dos vueltas á su garganta y cae flotante por detrás; es de muy buen gusto el llevar estas puntas caidas sobre la espalda. Hé ahí la fotografía de la elegancia parisiense que va á la Bolsa y que se pasea por los boulevards.— La elegancia enteramente ociosa cuida mas de sus atavíos. En cuanto asoma el primer rayo de sol, el dandy monta á caballo y se dirige al Pré Catelan con un traje de invierno muy lujoso. Lleva un sobretodo ajustado guarnecido de marta zibelina ó de zorro azul. Un folletista de la « Independencia Belga » ha puesto á la moda el zorro azul diciendo que es la cosa mas rara que se conoce, que los oficiales que acompañaron al príncipe Napoleon en su viaje á los países de nieve trajeron solo una docena de ellos, y que en la Siberia se perdona á todo desterrado que tiene la suerte de matar un zorro azul. En cuanto se dice al género humano:—Aquí hay una cosa maravillosa que no es para tí, el género humano se empeña en adquirirla á toda costa. Los comerciantes de pieles reciben mil pedidos de zorros azules. Por eso estoy convencida de que dentro de poco tendremos tantos zorros azules falsos, como hay en el día en París negros que no son negros.

He oido contar la historia de un joven de talento admirador apasionado de toda mujer bonita. Desgraciadamente el pobre mozo es mas rico en cariño que en dinero, lo que no le impide obrar como un gran señor. Hé aquí su estratagemas: Cuando quiere regalar un ramillete de flores al objeto de su culto y de su amor se pinta de negro y se pone una librea encarnada con galones de oro, toma el ramillete y su carta y se presenta en casa de la señora á quien galantea.

— Mi amo, dice, presenta sus respetuosos homenajes á la señora, y se toma la libertad de enviarte este ramillete. Cuando la dama recibe con gusto las flores da algunos francos al criado, que sirven para pagar el ramillete, pero como el criado y el amo se parecen mucho, con la diferencia de que el uno es negro y el otro es blanco, hé aquí lo que le dijo sencillamente una dama al joven en cuestion, hace pocas noches:

— Amigo mio, es singular la semejanza que os encuentro con vuestro criado; la misma voz, el mismo aire, los mismos modales. Traedle un día que vengais á casa para que pueda comparar y ver si me engaño.

Volvámos á las prendas forradas de pieles.— Las amazonas se visten tambien á la rusa: las chaquetillas tienen solapas de marta zibelina y las orlas de las faldas llevan tambien pieles; estas chaquetillas se hacen de chinchilla, pues el paño fino, llamado en otro tiempo pañete de

dama, solo se lleva en el verano. Las faldas se siguen haciendo de paño sin adornos, y son negras ó de color, segun el capricho y el gusto. Desde que la Emperatriz lleva botitas blandas todas las elegantes las llevan tambien: la hermosura dicta la ley al mundo. El sombrero Luis XIII es el privilegiado. Toda la elegancia parisiense se reúne hoy en el Pré Catelan; dícese que cuando vengan los hielos los grandes señores del día irán en trineo.

Pero yo hablo aquí de nieve sin acordarme que muchos de mis lectores se pasean sin duda con pantalon blanco. Sin embargo, no puedo pasar por otro punto; trato de las modas de París, y París es durante el invierno una pequeña Siberia.

Ya se han dado algunos bailes á beneficio de los pobres. El que ha tenido lugar en la Opera ha sido una de esas fiestas sorprendentes en que el lujo y la industria producen maravillas de buen gusto. Los hombres llevaban frac negro, azul y color de castaña; habia mas de los primeros, no muy sueltos, pero abiertos sobre el pecho y sin abotonar.

Algunos elegantes llevaban con el frac de color un pantalon de color de perla, y sus corbatas consistian en cintas ilustradas con hermosas flores. Les miraban con extrañeza porque sobresalian entre todos.

— Es una ridiculidad, decian los del clásico frac negro. Ese no es traje para presentarse entre gente decente.

La juventud dorada con razon quiere libertarse de esos trajes tristes y monótonos que carecen de estilo, de distincion y de elegancia. Un salon lleno de fracs negros, pantalones negros, chalecos blancos y corbatas blancas parece una reunion de médicos, de abogados ó de escribanos.

Los chalecos bordados están muy á la moda y se adornan con ricas botonaduras.— En el baile de la Opera llamó la atencion el conde de B... con su chaleco de muaré antiguo blanco bordado al pasado y á punto de pluma con botones mosaico de pelo negro y redecilla de oro esmaltados de brillantes. La originalidad cayó en gracia, y se hicieron largos comentarios.

— ¿Sabeis de dónde vienen esos botones de pelo?

— Sin duda; solo hay un joyero en cabellos, que es Lemonnier; el conde se los habrá encargado.

— No aludo á eso... Os pregunto ¿si sabeis el origen del pelo negro? ¿Es casado el conde?... ¿Tiene una hermana, una prima?

— Ya lo creo, un arrogante mozo tiene siempre una prima... ¿No la teneis vos tambien?

La gente es igual en todas partes, lo mismo en París que en España, la murmuracion es su fuerte.

Se habla de una chaquetilla de seda, acolchada, de mucho abrigo para los hombres sensibles al frio. Esta chaquetilla se llevará debajo de una levita de invierno. Su forma es esta: se corta como un chaleco muy largo, redonda por abajo, con un cuello estrecho y á propósito para cerrar derecha. Sin levita no hay duda que el hombre que la lleve estará gracioso. ¡Qué siglo tan particular!... La moda quiere que las mujeres se pongan trajes extrambóticos, y las modas masculinas permanecen en su « statu quo » desolante. ¡Nada, nada, nada absolutamente nada de extraño, de nuevo, de fabuloso! Siento no ver ya las levitas que barrían las calles y aquellos pantalones ilustrados con dibujos á cual mas fantásticos! Preferiria un frac al revés ántes que esos fracs que siempre se llevan del mismo modo. Todos se burlan de nuestras modas, pero en fin siquiera se ocupan de nosotras; algo es algo.

Pero ya que nada nuevo puedo decir sobre paletós, que son siempre los mismos, permítaseme una pequeña digresion ántes de llegar á la descripcion del figurin de este número.

Se habla mucho en París de la jóven y hermosa Madame de Girardin que ha obtenido tantos triunfos el año último vestida de nieve en los bailes de la princesa Matilde; se asegura que se parece á la reina Maria Antonieta.

Ya se baila un poco en París, aunque sin embargo, los grandes salones no se han abierto todavia. El baile de Madame R. de B. una antigua reina de la comedia Francesa ha estado soberbio. Admirábase en él entre otras maravillas á la hermosa Madame de Paiva cuyo prendido valia cien mil francos. Madame de Paiva se está contruyendo un palacio en los Campos Eliseos; la obra de fábrica ha costado millon y medio. En ese palacio figurará una estantería de biblioteca que ha costado 35,000 fr.; al Emperador le pareció excesivo este precio.

Tambien me han dicho que M. Thiers se levanta todas las mañanas á las seis y que trabaja hasta medio día. Sus mesas y sus muebles están llenos de libros, de mapas desplegados, y en el suelo hay trazados planos de batallas. Cuando trabaja en su mesita colocada junto á la chimenea, el escritor se levanta cuando ménos una vez cada cinco minutos para correr de un libro á un mapa, de un plano á un documento, que luego abandona para consultarle de nuevo. Se puede decir que M. Thiers trabaja de pié.

En su despacho se ven magníficos dibujos á la aguada y al lápiz hechos casi todos por un buen artista « de Belley; » es la coleccion completa de todas las obras maestras del arte italiano. El matrimonio de la Virgen, de Rafael; — la Vision de Ezequiel, del mismo; — La disputa del Santo Sacramento cuyo original está en el Vaticano; — La Ascension del Ticiano; — Los Cuatro Motivos de la Creacion, de Rafael. Luego se ve un soberbio dibujo de Pohet, copia de Andrés del Sarto, y en el puesto de honor figura un dibujo maravilloso, el Juicio Final de Miguel Angel, por Lignalon.

Concluida la digresion entro con el figurin que representa varios trajes de invierno.

El primero es para teatro. El frac de paño azul inglés tiene un cuello de terciopelo y botones de seda; va ajustado al talle; los faldones derechos por delante llevan pequeñas carteras de ángulos redondos. Mangas anchas sin bocamangas.

Chaleco de piqué blanco bordado de guirnalda, derecho de cuello alto; en cuanto á su largo por abajo se notará que el frac le cubre enteramente. Este chaleco lleva en el pecho un transparente de seda de color de rosa que se adapta por dentro á beneficio de unos botoncitos aplastados.

Pantalon de satin liso, color de perla, ménos ancho de pierna que los pantalones de calle, y sin trabillas. Botas de charol; corbata de batista blanca con puntas bordadas. Cuello á la inglesa.

El segundo traje, para salir por la mañana ó por el día, es de un jóven de veinticinco á treinta años. Compónese de una vasta esclavina chinchilla bajo la cual se lleva alguna prenda. El pantalon es de rayas.

La tercera figura representa el traje de un niño de siete á ocho años.

Este traje muy sencillo y sin embargo muy bonito, se compone de una chaquetita argelina de terciopelo carmesí cortada larga y derecha en forma de saco; mangas anchas con abertura guarnecida de botones-cascabelillos como los que van en el delantero de la chaquetilla. Como la escotadura es muy justa no lleva cuello.

Chaleco de valencias blanco muy ancho y abotonado derecho, igualmente sin cuello. Pantalon de tela lisa, muy ancho por arriba, y ajustado sobre el pié y sin trabillas.

Por último, vemos el conjunto de un hábito eclesiástico que aunque no está sujeto á las transformaciones caprichosas de la moda, sufre sin embargo ciertas mejoras de buen gusto. La sotana tiene una falda separada del cuerpo, pero como la costura se oculta con el cinturón, este nuevo modelo no quita nada á la severidad característica del traje. La sotana va justa al cuerpo en tanto que su falda es muy ancha. Las mangas son anchas y llevan bocamangas redondas. Pantalon de casimir negro muy ajustado á la rodilla por medio de una liga de paño. Medias de seda negras. Zapatos con hebilla, y fieltro negro abarquillado con alas redondas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Una escena del Diluvio.

DE GESNER.

(TRADUCCION DEL ALEMÁN.)

Ya las torres de mármol yacian profundamente sumergidas; ya sobre la cumbre de las cordilleras corrían negras olas como montañas; ya solo alzaba un monte su erguida cabeza sobre las aguas del diluvio. Horrible agitacion reinaba en torno de sus azotadas pendientes, donde gritaban desesperados los infelices que subian á su cima, perseguidos por la muerte en las olas que les iban sin cesar bañando las plantas. Aquí se desprendía una ladera del monte, y cargada de hombres dando alaridos se precipitaba con ellos en el espumoso piélago; allí reunidos los turbiones y trocados en furioso torrente, se llevaban al hijo que se esforzaban á salvar, á su padre moribundo, ó arrastraban á la afligida madre con sus hijos en brazos.

Solo descollaba exento de la devastacion el pico mas eminente de la cima donde Semin, generoso mancebo, á quien poco ántes habia jurado eterno amor la mas virtuosa de las doncellas, se habia refugiado con su adorada Semira, y donde, en medio de la mas deshecha borrasca, se encontraban solos porque la inundacion habia acabado con el resto de los mortales. Abalanzábase las olas á ellos; retumbaba sobre ellos el trueno; bramaba á sus piés un mar enfurecido. Espantosa oscuridad los envolvía cuando los relámpagos no alumbraban la cruel escena; cada nube amenazaba horrores con su negra frente; cada ola tropezaba con mil cadáveres, é impelida por los aquilones corría en busca de mas estragos.

Estrechó Semira á su amado contra su corazon palpitante, y vertiendo llanto que regaba sus mejillas pálidas, mezclado con las gotas de la lluvia, exclamó con voz balbuciente: « Semin, amado mio, ya no hay salvacion para nosotros; por todas partes la muerte nos acosa rugiendo. ¡Oh desolacion! ¡Oh desventura! Cada vez se nos acerca mas nuestro fin. ¿Cuál de esas olas ¡ay! cuál será la que nos sepulte? Sosten, sosténme en tus brazos trémulos, amado mio: pronto no existiré, pronto no existiremos, confundidos ambos en el universal trastorno. Ahora... Hacia aquí viene rodando... ¡Cuán espantosa! Ya llega, iluminada por los relámpagos. Favor, ¡oh Dios, Dios, nuestro juez! » Dijo, y cayó en brazos de Semin.

Cinó con ellos á la desfallecida amante, sin poder desplegar los labios, y sin ver ya el inminente exterminio, sino solo á su dulce prenda reclinada exánime en su seno; y padeció por ella mas que con el horror de la muerte.

Besó entonces aquellas mejillas que tenia sin color la fria lluvia, y estrechóla mas fuertemente diciendo: « Semira, adorada Semira, recóbrate y vuelve á contemplar este desolador espectáculo: vuelvan á mirarme tus ojos, vuelva á decirme tu marchito labio que me amas hasta la muerte: otra vez, ántes que la inundacion nos arrebathe. »

Volvió ella en sí cuando él enmudecía; dirigióle una mirada llena de ternura y pena, y tendió luego la vista sobre el diluvio. « ¡Dios y mi juez! exclamó: ¿no hay remedio, no hay misericordia que nos aicance? ¡Cómo se estrellan las oleadas! ¡Cómo retumba el trueno! ¡Con qué aparato de terror se anuncia la implacable venganza! ¡Oh Dios! nuestros años corrían en la inocencia; Semin era el mas virtuoso de los jóvenes... ¡Ay! ¡ay de mí! Todos los séres que ornaban de gozes mi existencia, todos han perecido. Y tú, la que me diste la vida...

¡congojoso trance! separada de mí por las aguas, todavía levantaste la cabeza y los brazos para bendecirme cuando fuiste abismada. Todos perecieron. Y sin embargo... Semin, Semin, el mundo asolado y desierto sería para mí un paraíso contigo. Vivíamos inocentes, mi Dios, ¿y no hay piedad para nosotros? ¿Pero qué dice mi corazón angustiado? Perdóname, ¡oh Dios! Ya morimos. ¿Qué es en tu acatamiento la inocencia humana?

Sostuvo el mancebo á su compañera, á quien el huracán vencia, y dijo: « Sí, mi adorada, todo viviente ha sido arrebatado á la tierra, y en el estruendo de la devastación ya no grita ningun moribundo. Carísima, carísima Semira mía, el instante próximo es el último nuestro. Se acabaron todas las esperanzas de esta vida: todo el venturoso porvenir que nos figurábamos en las horas placenteras de nuestro amor, se deshizo: vamos á perecer. La muerte sube y corre en torno de nuestras rodillas vacilantes; pero no, no esperemos como réprobos ese general destino. ¡Morirémos! ¿Y qué fuera para nosotros, amada mía, qué fuera la vida mas larga y deliciosa? Una gota de rocío pegada á un peñasco, de donde se desprende el mar cuando el sol asoma. Esfuerza tu ánimo: las delicias y la eternidad están mas allá de la vida. No temblemos al pasar allí: abrázame y esperemos así nuestra suerte. Pronto, Semira mía, pronto nuestras almas volarán sobre estos estragos, entregadas al goce de una bienaventuranza inefable; volarán sobre ellos: tanto me atrevo á esperar, Dios mío. Sí, Semira, levánteme las manos al cielo: no debe el mortal juzgar á la Providencia. El que inspiró el soplo vital en nosotros, envía la muerte al bueno y al malo; pero ¡dichoso el que ha caminado por la senda de la virtud! Seamos comprendidos en tu sentencia; pero animados con la excelente esperanza de aquel bien incomprendible que ya no puede turbar la muerte; y ruja en buen hora el trueno y brame la borrasca, y estréllese sobre nosotros las olas. Alabado sea el infinitamente justo; su alabanza sea el último pensamiento de nuestras almas en el cuerpo falleciente. »

El valor y el júbilo que reanimaron el semblante de Semira le volvieron su hermosura, y alzando las manos entre la tormenta, prorumpió: « Sí, esa divina, esa inmensa esperanza la siento ya toda: alabe al Señor mi labio, y viertan lágrimas de alegría mis ojos hasta que los cierre la muerte cercana, pues nos está aguardando un cielo con mil venturas. Nos habeis precedido vosotros los que fuisteis objetos de nuestro cariño; pero pronto tornamos á veros: ya vamos. Ante el solio del Altísimo están ya los justos, á quienes despues del juicio ha congregado en su presencia. Truenos, rugid; olas, bramad; vosotros sois el himno de su justicia: destrucción, ven á nosotros. — Mira, amado mío: abrázame, que allí viene la muerte; en aquella ola negra viene. Abrázame, Semin, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

Yo te abrazo, Semira, decía el joven: abrazada te tengo. Muerte, sé bien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!

Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.

J. E. HARTZENBUSCH.

Apuntes sobre la música entre los griegos.

En Grecia se aplicaba en su origen la palabra música á todas las ocupaciones de las musas, y abrazaba el conjunto de los conocimientos y de las artes. Despues no se le dió sino al arte especial que se le designa entre los modernos con el nombre de música.

En su origen estaba unida á la poesía y á la religion, y no se distinguió en música vocal é instrumental sino en los últimos tiempos.

Anfion y Orfeo, á los cuales se hace remontar el origen de la poesía, pasan tambien por haber encantado los primeros con los sonidos de la música los oídos de los griegos. Terprando reunió con sus armonías á los lazedemonios que andaban divididos. Solon arrastró con sus cantos á los atenienses á la isla de Salamina. Otros dulcificaron con la música las feroces costumbres de los arcadios y de los tésalos.

Se ve pues, que la música ejerció en los griegos el imperio mas extenso y saludable. Tenia pocos instrumentos á su disposición; los principales, despues de la voz humana, eran la lira y la flauta. Sin embargo, recorrió tres grandes fases de desarrollo.

En el primer período en que el canto estaba rigorosamente sujeto á las palabras y sostenido por la lira, ó en que la lira no tenia sino un pequeño número de cuerdas, la música era la inseparable compañera de la poesía. Distingúanse los géneros en *diatónico*, *cromático* y *armónico*, que resultaba de los diferentes grados de tensión de las dos cuerdas medias de la especie de cítara llamada tetracordio.

Asignábase á cada género la especie de poesía que mejor le acomodaba. La armonía *doria* prestaba fuerza y majestad; la armonía *lidia* producía tonos patéticos de elegiacos; la *frigia* servía para los cánticos sagrados.

Píndaro, Pratinas, Lampras y otros líricos fueron los últimos partidarios de esta música primitiva.

Con las victorias de los griegos sobre los persas principió una nueva era para la música. Señalóse por diferentes innovaciones, tales como la separación de la música de la poesía; la multiplicación de los procedimientos técnicos del arte; la confusión de los géneros, de los modos, de las voces y de los instrumentos, y principalmente la violación de la ley de la rima.

Poco á poco se fué preparando el tercer período, separando la música vocal de la instrumental. Pero el verdadero carácter de esta edad es la fusión que se principiaba á obrar entre la música griega y la música oriental, resultado inevitable de las conquistas de Alejandro, de la influencia de los reyes de Egipto y de Siria sobre las artes, y toda la civilización de Grecia.

Entónces fueron inventados muchos instrumentos ó importados de Asia á Europa. Esto fijó el triunfo de la música instrumental sobre la vocal. La música se conformó con las costumbres generales, y fué, como ellas, una singular mezcla.

Esta fué la herencia de civilización que la Grecia antigua legó para las artes, las ciencias y las letras, á Roma primero y por Roma á la edad media, y despues á los tiempos modernos.

LA PRIMERA CITA DE AMOR.

I.

Tenia yo diez y seis años en el de 184.....

¡Qué hermosos son los diez y seis años! Es la edad de los sueños, de las expansiones, de los suspiros sin objeto, de las creencias y de los amores espirituales.

Es la edad en que el perfume de la vida quiere rebotar en nosotros como las tempranas rosas del abril encerradas en su botón.

¿Será que el sol haya sido en nuestra juventud mas esplendente, los lagos mas serenos, el cielo mas puro, la luna mas melancólica, los valles mas risueños, las flores mas olorosas, las mujeres, en fin, mas *ángeles* ó *ménos mujeres*? ¿Será que entónces unos ojos negros, rasgados, provocativos, tenían la virtud de ponernos encendidos como la grana y apresurar los latidos del corazón, y unos ojos azules, puros y serenos, nos traían á la memoria las hadas de los cuentos y los arcángeles y serafines? ¡Ay! no: el mundo es siempre el mismo; los ojos siempre son ojos, buenos ó malos: lo hermoso es la adolescencia, la dulce primavera de la vida.

Me agrada un hombre que á los diez y seis años haya soñado, en una hada ligera y vaporosa como la gasa, de cabellos de oro, frente virginal y ojos de color de cielo, velados por luengas y sedosas pestañas.

En una corona de laurel que una reina ceñía á su frente, ante un inmenso gentío que le victoreaba.

En ejércitos que á su voz corrían á la victoria, en ciudades ganadas en fiera lid al enemigo, en batallas que luego le hacían tornar con la palma del vencedor.

En torneos, en los cuales era aclamado por valiente entre los valientes, y ufano recibía el premio de manos de la mas encantadora de las princesas.

En reinas de la hermosura, puras como las flores que crecen entre la nieve de los Alpes, y de cuyos labios no habían salido mas que para él palabras de amor y felicidad.

Me gusta que un hombre haya soñado todo esto á los diez y seis años, aunque luego haya concluido por ser escribiente de loterías.

II.

Tenia yo, pues, diez y seis años en el de gracia de 184...

Habia leído á Lamartine, Rousseau y Saint-Pierre.

Excusado es decir que creía á pié juntillas en las *Grazzielas*, en las *Julias* y en las *Virginias*.

En el solitario colegio, donde vivía encerrado, solo había conocido á mis camaradas, á mis profesores, y á los personajes de las guerras *Catilinarias*, y de las comedias de Plauto y de Terencio.

Era huérfano.

Mi corazón, virgen de verdaderas afecciones, habíase abierto al amor y á la poesía, inspirado por la lectura de Lamartine.

¡Lamartine! el poeta que ha sabido cantar lo que dicen las auras, cuando murmuran en las hojas del bosque que sombrea las orillas de los lagos! ¡El que ha cantado lo que dicen las olas, ya besen dulcemente las arenosas playas, ya se estrellen rugiendo contra los erizados peñascos! ¡Bendito sea Lamartine! ¡Dios, que ha oído sus himnos, porque los himnos cantados por Lamartine llegan al cielo, derramará sobre el desgraciado poeta la paz y la felicidad en las últimas horas de su vida!

III.

En aquella época fuí sacado del colegio por un tío enfermo que quería cuidar de mi educación.

Salí como el pájaro que por primera vez tiende sus alas en el espacio, y entre temeroso y osado, todo quise verlo, los montes, los llanos, los mares, los rios, los valles, los lagos, todo.

Mi tío vivía en un pequeño pueblecito que nada importa su nombre, situado á la falda de una montaña á orillas del mar. Aquel conjunto de casas apiñadas y blanquísimas, me pareció una bandada de garzotas que se guarecían, agrupándose, del furor de la tempestad. No dejaba de ser pintoresco para una imaginación que soñaba con las islas de Ischia y Frócida.

Una semana había que estaba en él y solo había visto mujeres pobres y mal vestidas, tostadas por el sol, que hacían cuerdas de esparto. Los hombres iban al nacer el día á sus labores y no regresaban hasta que el sol se perdía en los mares de occidente. Barcas de pescadores de una sola vela entraban y salían en la pequeña ensenada que nacía á veinte pasos de las casas.

Me dediqué á cuidar á mi protector y en las horas libres á vagar sin dirección por los alrededores.

Cuando en mis excursiones me paseaba delante de aquellas muchachas, ocupadas en un trabajo rudo y penoso, que cantaban alegremente y me miraban con ojos espantados, riéndose sin duda de mí, hubiese hecho á cualquiera de ellas la confidenta, la depositaria de los tesoros de amor y de ternura que guardaba en mi alma.

¡Oh, si una me hubiese escuchado! Seguro es que me hubiera creído en el colmo de la felicidad. Yo no deseaba mas que hallar en carne y hueso el fantasma que amaba.

Todas me parecían buenas.

Y á propósito, como dice Karr, nuestras primeras palabras de amor, cuando todavía se encierra en nuestro corazón todo lo mas puro y santo, cuando no hemos dicho aun, trémulos de placer, « Yo te amo.... » por lo comun al salir por primera vez esta hermosa frase de nuestros labios la recoge alguna fregatriz ó alguna niña.

¡La primera ráfaga de nuestras ilusiones muere perdida en el vacío!

¡La perla cae casi siempre en el fango!

IV.

No me sucedió á mí así.

Una hermosa mañana de primavera, paseaba junto á la tapia del jardín de una de las casitas situadas á orillas del mar.

¡Pensaba en lo mismo!

¡De pronto dos voces atipladas me sacaron de mi enajenamiento!

¡Oh dicha! eran voces femeninas; si mis oídos me hubiesen engañado me lo hubiera dicho mi corazón. Sonaban á diez pasos de mí en el jardín.

Ví un limonero cuyas lustrosas hojas sobresalían por encima de la tapia y trepé.

Ocultéme lo mejor que pude.

Eran dos jóvenes bellísimas. Su traje no era el del país. Una podría tener diez y ocho años. La otra quince.

Era la mayor una arrogante morena de negros ojos y abundantes cabellos. Era la otra una rubita, de ojos azules, esbelta, delicada, bellísima.

Apoyaba su cabeza en el hombro de su compañera. Parecía una azucena tierna, débil aun, que descansaba sobre un pomposo clavel.

Me decidí por ella.

¡Ojos azules! ¡El color del cielo, es decir, la dicha completa, la felicidad eterna!

Hoy hubiera preferido á la morena... No, no; hubiera preferido á las dos.

¡Bendito sea lo azul! ¡El color de los ojos de la mujer que me amo en el mundo!

Las jóvenes habían callado y paseaban.

— ¡Hermosas flores! dijo la morena.

— Hermosísimas, dijo mi rubia.

Advierte, bella lectora, que ya la llamo *mia*. Es propio de enamorados.

¡Aquella voz era angelical, yo estaba loco!

— Sin embargo, es mejor la ciudad.

— Yo amo mas el campo.

¡Le gustaba el campo! Un estremecimiento de alegría por poco me hizo caer del árbol con grave detrimento de mi individuo.

— ¡Precioso clavel! dijo la morena, y arrancó uno de color encendido.

— Mas me agradan los lirios, y mi ángel cogió un hermoso lirio azul.

¡Tambien el lirio es azul! ¡No necesitaba mas para crearme perdidamente enamorado!

Seguían paseando. Ya no escuchaba su voz. Poco despues desaparecieron en una espesa calle de árboles.

Yo permanecí en el mio mas de una hora. Fué inútil. No volvieron á aparecer. Tuve que bajarme, no me vieron y me tomaran por un ladronzuelo de limones.

V.

A las dos horas ya sabia lo que anhelaba.

Se llamaba Rosa (hablo de la rubia) y venia á pasar allí todos los años la temporada de verano.

Necesitaba hablarla. Y ¿cómo?

A la caída de la tarde las encontré á orillas del mar.

Las saludé como Dios me dió á entender. Debí ponerme colorado como la grana.

Les parecería ridículo. Contestaron á mi saludo sonriendo.

Quise seguir las... y quedé clavado en mi sitio... ¿y si se hubiera enfadado?

Al otro día mandé á decirlas que quería hablarlas.

Me contestaron que todas las tardes bajaban á orillas del mar y que me acercase á ellas.

¡No podía creerlo! ¡Me consideraba el mas feliz de los mortales!

Sin embargo... tenia miedo; no me había visto nunca frente á frente de una mujer amada: hasta entónces no había sido mas que en sueños. ¿Qué le diría ahora?

Me puse la mas bonita de mis corbatas.

Anhelaba y temía llegase la hora en que acostumbraban bajar á paseo.

Llegó y fuí.

Se habían ellas anticipado y paseaban cogidas del brazo.

Me acerqué... y balbuceé un cumplido que yo mismo no entendí. Estaba enajenado.

— ¿Es Vd. de este pueblo? me preguntó la mayor.

No señora: solo estoy ha ocho dias en él: he sido llamado por un tío que se halla enfermo.

— ¡Ah! ¡es Vd. de Sevilla! me dijo Rosa.

— No, he pasado mi infancia en el colegio de... y no he salido nunca de él.

¡Para qué contarte, lector, lo mucho que habamos, las muestras de cariño que di á Rosa, la tarde feliz que pasé; si todo esto no es mas que un recuerdo que dormía en el fondo de mi corazón, y hoy se despierta solo para dejar huellas de dolor!

Cuando se despidieron, pude acercarme á Rosa y decirle.

— Rosa, quisiera hablar á Vd. á solas.

— ¡Cómo!

— ¡Me va en ello la vida! ¡Se lo suplico en nombre de lo que mas quiera en el mundo!

— Bien; mañana á la tarde.

— ¡Pero... su amiga de Vd?

— Yo lo arreglaré.

Mi corazón rebosaba de felicidad.

VI.

Yo necesitaba hacer á todos partícipes de mi ventura.

¡Si yo hubiese tenido madre!

No pude dormir... al rayar el alba ya corría como un desesperado.

¡Al fin iba á hablar de amor á una mujer, y una mujer hermosa!

Hablaba solo. Contaba mi ventura á las olas, á los árboles, á las flores.

No tuve gana de comer... y esperé.

Seguía con la vista al sol que al teñir con ese color de rosa que toma en su ocaso la cresta de las montañas, me anunciaba mi felicidad.

Aquella tarde fuí el primero en llegar.

Los latidos de mi corazón eran fuertes y desacompañados.

Las ví venir y temblé: creía yo que se iba á decidir mi suerte futura.

Rosa estaba encantadora; su hermoso rostro brillaba como nunca.

Nos saludamos... y paseamos. Yo no sabía que decir.

Nos dirigimos á una cabaña de pescadores, que las olas del mar azotaban cuando se embravecía.

A seis pasos de la cabaña había un asiento de piedra sombreado por un naranjo.

La amiga de Rosa entró en la cabaña, y esta se sentó en el banco.

¡Había llegado el momento!

Un nudo terrible me apretaba la garganta y me impedía hablar.

— Al fin empecé... y dije...

— ¡No, no puedo recordar lo que dije en aquel momento! ¡Figuraos una imaginación de diez y seis años, exaltada por la lectura, y al lado de un ángel como Rosa!

— ¡Todo, todo lo que ahora quiero decir me parece pálido!

Recuerdo sí, que la dije que era mas pura que las blancas flores de azahar que se balanceaban sobre nuestras cabezas; que mi corazón estaba sediento de cariño por no haber conocido las caricias de una madre; que se me había aparecido como un ángel, ¡y cómo un ángel la adoraba!

Hablamos mucho, mucho.

Las olas tranquilas venían á besar dulcemente la arena que hollábamos con nuestros pies, los pájaros se despedían hasta el día siguiente del rey de los astros.

¡Y Rosa y yo seguíamos hablando!

¡Hermosas y dulces horas de amor que ya no vendrán nunca!

El sol había desaparecido y habían callado los pájaros.

Las barcas de los pescadores habían encendido sus faroles y parecían fuegos fatuos que se mecían sobre las olas.

Rosa y yo, cogidos de las manos decíamos:

— ¡Me amarás mucho?

— ¡Y tú á mí?

— Hasta la muerte, Eduardo.

VII.

Seis meses después salí para Segovia en clase de cadete de artillería. Mi tío murió. Yo no volví al pueblecito que guardaba los restos del que me había servido de padre. Rosa he sabido que se casó con un americano á los cuatro años de la escena que os he pintado, que quiere mucho á su esposo, que ha engordado y que tiene dos niños. Debe estar fea...

Esto se lo oí contar á un amigo mio, padre de dos niñas, y fiel esposo de una buena y sencilla mujer.

IGNACIO VIRTO.

Ascension al Peter-Botte.

El Peter-Botte es un pico extraordinario de la Isla de Francia (Mauricio) que llama desde muy lejos las miradas de todos los que navegan por aquellos parajes. En efecto, se eleva á la extremidad de una larga cordillera de montañas, de la que está separado por una garganta muy profunda, aunque parece unido á ella. Su altura es de 4,000 piés, pero debe su celebridad sobre todo á su forma extraña. Concluye con una roca de 100 metros de altura, coronada á su vez con un peñasco de 20 metros de altura y 10 de ancho, mas grueso por en medio que por su base. Llamamos á este peñasco la *cabeza*, á la roca la *garganta* y á la parte superior de la montaña el *hombro*.

traían paquetes de cuerdas, una caña de 10 metros en la que debíamos enarbolarse nuestra bandera, y provisiones de boca; pero mas de una vez tuvimos que tomar sus cargas, que no eran pesadas sin embargo, pues á cada instante se paraban y se quedaban rezagados...

Primeramente tuvimos que subir la cuesta escarpada de la garganta que domina el Peter-Botte, atravesando un monte muy frondoso donde el agua nos caló hasta los huesos. Hasta la salida del monte no pudimos formarnos una idea exacta de las dificultades y peligros de la ascension.

A nuestra derecha se elevaba el *hombro* que debíamos escalar antes de llegar á la *garganta* que se alzaba á pico sobre nosotros coronada con su enorme *cabeza*. Subíamos lentamente, pues la cuesta era cada vez mas rápida; los árboles y las zarzas que hasta entonces nos habian prestado un gran socorro, escaseaban á medida que nos adelantábamos, y por consiguiente nos faltaban los puntos de apoyo sólidos. A menudo las piedras en que poníamos el pié rodaban con estrépito al fondo del precipicio y habrían podido herir en su caída á los compañeros que subían detrás de nosotros. Necesitábamos, pues, andar con mucha precaucion, y así solo llegamos á lo alto del *hombro* al cabo de dos horas de penosa caminata...

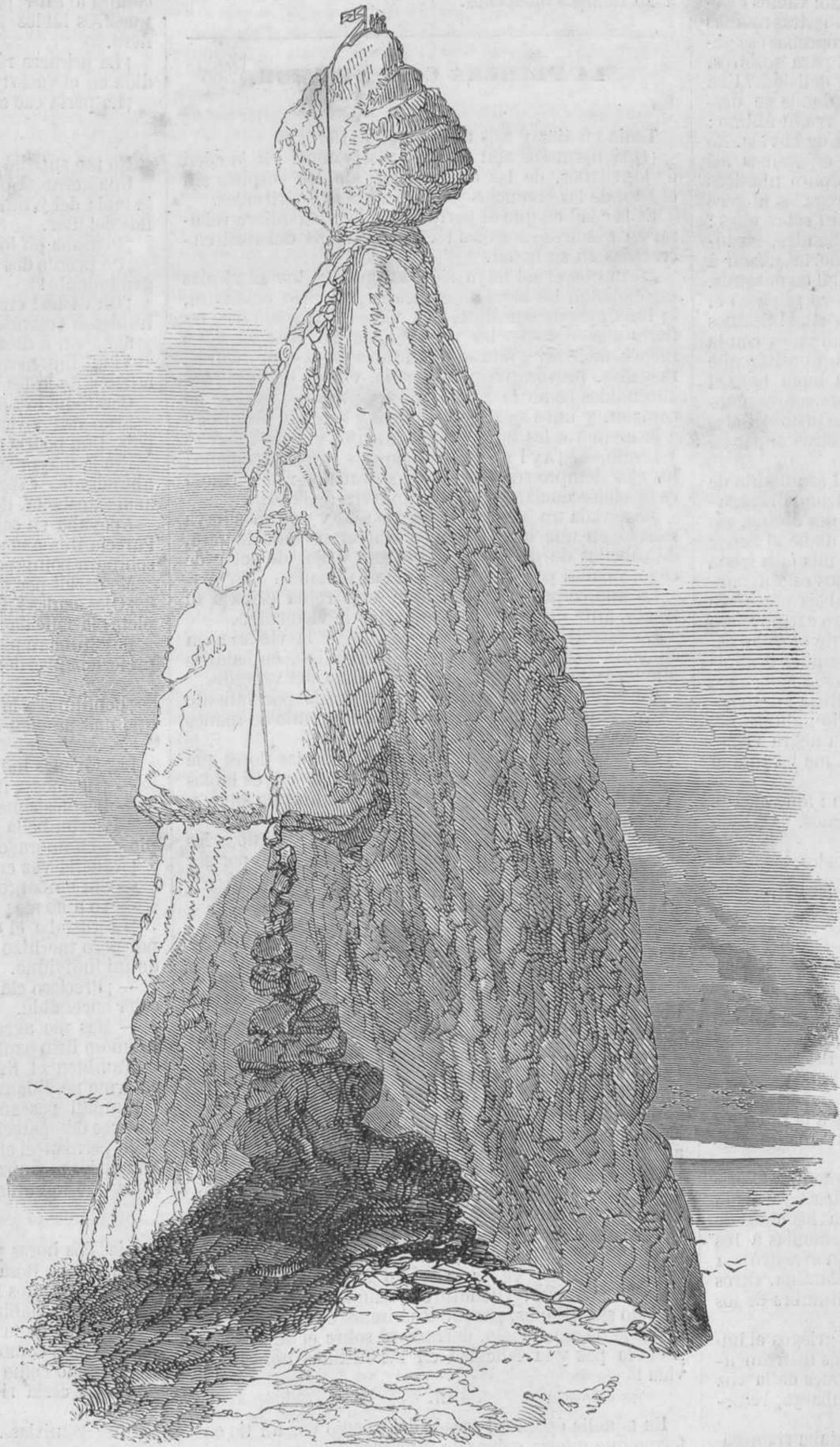
Enseguida nos dirigimos por una cresta pedregosa muy estrecha que tenia á cada lado un precipicio cortado á pico, hasta la base de los rocas perpendiculares de unos 15 metros de altura. Hasta aquí llegaron todos los viajeros precedentes, excepto dos, pues en efecto, asustan las dificultades que hay que vencer para seguir adelante. Nosotros celebramos consejo, y después de una larga deliberacion en la que se emitieron opiniones muy diversas, resolvimos lo siguiente: colocarnos contra la superficie casi perpendicular de la roca que se trataba de subir la caña que llevábamos para la bandera, apoyada en su punta inferior sobre una pequeña meseta de unos 50 centímetros de anchura. Yo subí hasta la extremidad superior y con júbilo pude notar que desde aquella parte la roca presentaba ciertas desigualdades que no podían verse de abajo, y á cuyo beneficio logré llegar hasta la cumbre. Tres de mis compañeros me siguieron; pero los otros cuatro esperaron para venir á que les arrojásemos una cuerda fijada con solidez, pues la menor oscilacion de la caña por la que habíamos trepado como unos gatos, habria podido hacernos perder el equilibrio y precipitarnos por un derrumbadero de 700 á 800 metros.

Todavía no estábamos sino en la mitad del camino. Un segundo peñasco mas escarpado que el primero y de unos 7 metros de altura, fué escalado únicamente con la ayuda de los piés y las manos, y algunos minutos después llegábamos á la garganta. Ahora faltaba la cabeza, y como sobresale por todos lados nos era absolutamente indispensable el socorro de una cuerda. El carpintero de Samarang que me habia seguido, arrojó una pesa de sonda con un cordel por encima de la cabeza, y cuando el plomo cayó por la otra parte, atamos una cuerda que sostuvimos sólidamente mientras el carpintero subía por ella hasta la cumbre, donde no tardamos en llegar todos nosotros.

No nos arrepentimos de nuestra temeridad, pues descubrimos un panorama asombroso, uno de los mas bellos sin duda que puedan contemplarse en el mundo.

Después de haber enarbolado la bandera de la Gran Bretaña brindamos á la salud de la reina Victoria con vino de Champaña y entonamos en coro el *God save the queen* que fué seguido de otras canciones patrióticas; los habitantes de la isla que por todos lados habian observado nuestros movimientos, prorrumpieron en largas aclamaciones y aplaudieron con frenesí al ver que se desplegaba la bandera inglesa. Antes de bajar depositamos en una grieta del venerable cráneo del Peter-Botte una placa de plomo donde habíamos grabado nuestros nombres.

La bajada no fué muy fácil, pero llegamos sin ningun contratiempo á casa de nuestro colono francés que nos obsequió con un banquete, y aquella misma noche estábamos de vuelta en Puerto Luis.



Ascension al Peter-Botte.

Examinando el adjunto dibujo se conocerá cuantas dificultades y peligros ofrece la ascension al Peter-Botte; por eso, aunque intentada con frecuencia, rara vez ha salido bien. Hace unos veinte años el capitán Lloyd consiguió llegar hasta la cúspide, y posteriormente dos viajeros atrevidos, el capitán Stavely y M. H. Hayter, oficial de la marina inglesa, imitaron al primero. Vamos á extractar la relacion que ha escrito M. Hayter:

Salimos en carruaje de Puerto-Luis que dista unas 44 millas de la falda de la montaña. Eramos ocho. Después de un viaje bastante desagradable por malos caminos llegamos á la casa de un colono francés situada á media milla de la bahía, donde recibimos la hospitalidad mas afable. A la otra mañana á las seis proseguimos nuestro camino. Tres negros nos acompañaban y